

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

Nº 30
Septiembre 2023

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Tras las elecciones, el orden y el control quedan garantizados

A tenor del ambiente creado por los medios de comunicación vinculados al Partido Socialista y a Sumar, las elecciones del pasado 23 de julio habrían sido una especie de repetición castiza de la situación italiana del 25 de abril, fecha en la que, como es sabido, las tropas nazis fueron derrotadas por la acción conjunta de los partisanos y los ejércitos aliados en la IIª Guerra Mundial. La derrota electoral de las derechas y, con ello, la práctica imposibilidad de que Vox entre en el gobierno se celebra como un evento de calado internacional, como si algo hubiese sucedido más allá de unas elecciones como las que tienen lugar cada cuatro años y como si la historia se hubiese escrito, por una vez, con votos y urnas.

Però más allá de esa alegría «de izquierda», que más que una pugna política cierra una lucha de tipo profesional (con la que el bando vencedor en buena medida expresa su alivio por permanecer en lo alto de la política nacional cuatro años más y no su disposición a hacer cambiar cualquier otra cosa), la única gesta que realmente

ha tenido lugar, el único hito que merece la pena reseñar es la abominable exaltación de la democracia, de la ciega confianza en el electoralismo más burdo. Porque lo que estas elecciones han venido a confirmar una vez más es que la bacteria que da lugar a la aceptación de la vía democrática y electoral como única posible para luchar, sigue enseñoreándose en el cuerpo proletario sin que nada logre acotar su dominio. Pero incluso más allá de esto: las elecciones del 23 de julio han arrojado el resultado más conservador de las últimas décadas porque si hace 4 años el adocenamiento democrático que supone elegir al partido burgués de turno para que ocupe el poder se podía disfrazar, con el voto al «bloque progresista», hoy, cuando hemos vivido las consecuencias de este gobierno, el resultado que puede aupar al poder en la práctica a la coalición PSOE-UP garantiza, sin ningún tipo de esperanza añadida, más de lo mismo.

(sigue en pág. 2)

Sobre la guerra ruso-ucraniana

A la espera de sacar un folleto dedicado a esta guerra, y mientras recopilamos los artículos que lo constituirán, queremos echar un vistazo a los llamados «planes de paz» de los que viene hablando la prensa mundial. Por el momento, hay dos nuevos planes de paz «oficializados»: el elaborado por Zelensky, acordado con los angloamericanos, y el elaborado por China. Un tercer «plan de paz» ha sido propuesto por Indonesia, pero ha sido archivado por todos los interesados.

Ya en 2014, y de nuevo en 2015, ante los conflictos en el Donbass entre prorrusos y proucranianos que se prolongaban desde hacía bastante tiempo, los Gobiernos ruso y ucraniano, con la mediación de Alemania (Merkel) y Francia (Hollande), habían elaborado acuerdos de paz en Minsk, la capital de Bielorrusia. Esos acuerdos preveían básicamente

la autonomía de las dos regiones en disputa -la región de Donetsk y la de Lugansk-, incluida una «zona tampón» de 15 km entre ambas fronteras bajo el control de representantes de la OSCE. Pero esos acuerdos fueron incumplidos tanto por los ucranianos como por los prorrusos. De hecho, después de que Rusia se anexionara Crimea en 2014, se produjeron continuos enfrentamientos entre el ejército ucraniano, bandas nazis (como el batallón Azov) y prorrusos en el Donbass. Tras ocho años en los que el Gobierno ucraniano nunca se contuvo de oprimir y reprimir a los civiles prorrusos en las regiones del Donbass, las regiones (*oblasts*) de Donetsk y Lugansk se autoproclamaron Repúblicas Populares autónomas, apoyadas por supuesto por Rusia y sólo reconocidas por ella, como Crimea por otra parte.

(sigue en pág. 7)

De nuevo, el metal

Desde la aparición del último número de este periódico hasta la fecha del actual hemos vivido dos conflictos de cierta importancia en el sector del metal.

El primero de ellos ha sido la huelga que los trabajadores del astillero de Cádiz mantuvieron en solidaridad con los 4 despedidos que hubo en la factoría a finales del mes de junio. Estos trabajadores desempeñaban sus labores en la empresa Mecamansol, una subcontrata de Navantia que mantenía un enfrentamiento de cierta duración con la empresa principal. Los despedidos lo fueron en represalia por esta situación, lo que a su vez supuso que 400 trabajadores parasen el trabajo en solidaridad el día 28. Durante los siguientes días, los trabajadores del astillero hicieron paros de dos horas, de 7 a 9 de la mañana, para exigir la readmisión de sus cuatro compañeros. Mientras sucedía esto, la mayoría de los trabajadores de la empresa Navantia votaban en contra del nuevo convenio colectivo y el plan industrial de la empresa, siendo la factoría de Puerto Real en la que el no fue más claro. Finalmente, a partir de la primera semana de julio, dado que la situación no mejoraba y la empresa no cedía, comenzaron las manifestaciones y los cortes de carretera habituales en la ciudad de Cádiz.

(sigue en pág. 5)

EN EL INTERIOR

- **Sobre la Guerra de Ucrania: Internacionalismo proletario y Derrotismo revolucionario en la tradición marxista.**

- **Nota de Lectura: «Un renovado interés sobre la Fracción de Izquierda en el PCI (1928 - 1938)»**

- **Al trabajo como a la guerra.**

Tras las elecciones.

(viene de la pág. 1)

En 2008 la crisis capitalista comenzó a mellar los engranajes del pacto turnista establecido en la Transición. El gran acuerdo nacional de 1978 implicaba un reparto de poder, a todos los niveles, entre dos grandes partidos nacionales mientras que se daba encaje a las fuerzas nacionalistas y al PCE como vía para la integración de las burguesías vasca y catalana y al partido que, entonces, representaba la gran baza para controlar a la clase proletaria y lograr su aquiescencia durante el periodo del cambio de régimen. Esta estructura en un primer momento contó sólo con el PSOE como gran partido nacional porque la derecha salió deshecha del periodo de reforma constitucional y sólo logró reconstruirse en 1989, cuando el gobierno socialista comenzaba a renquear y se impulsó el cambio de nombre, dirección y perspectiva de la antigua Alianza Popular. Hubo también cambios en la izquierda del Parlamento cuando el PCE, muy debilitado por su papel netamente anti proletario durante los años de la Transición y, después, durante la reconversión industrial, formó la coalición electoral Izquierda Unida en un intento de lavar su imagen y mantener la pequeña posición adquirida en las instituciones. Pero, en general, tanto en el ámbito nacional, como en el autonómico o en el municipal, el mecanismo basado en dos grandes reagrupamientos políticos que representaban a las principales facciones burguesas se mantuvo. Lo hizo porque era estable, porque el nuevo régimen salido de la Constitución se estructuró en el plano político y jurídico en torno a estas organizaciones y de los partidos nacionalistas en sus respectivos ámbitos y porque determinados estratos de la burguesía y de la pequeña burguesía más limitados en términos territoriales encontraron un

buen acomodo, especialmente dentro del PSOE.

Para los años 2012-2013 el sistema bipartidista ya había sufrido un gran deterioro: las condiciones sociales creadas con la crisis económica minaron bruscamente la base del consenso social que permitía un régimen político similar, impulsando la desafección de las clases pequeño burguesas más golpeadas por la crisis, la competencia entre sectores burgueses, etc. Por otro lado, una tímida (extremadamente tímida) manifestación de la clase proletaria fuera de las instituciones políticas y sindicales co-respondientes a tal sistema político, favoreció también su desgaste.

En el mundo capitalista contemporáneo, al que Lenin describió como imperialista distinguiéndolo de las antiguas democracias liberales del siglo XIX, la democracia como principio y su concreción institucional en cada país son el principal baluarte burgués contra el proletariado. La política de colaboración entre clases levantada por las burguesías europeas después de la IIª Guerra Mundial gracias a la instauración de esos amortiguadores sociales que en términos económicos libran a los proletarios de la peor de las miserias, se organiza y se mantiene a lo largo del tiempo mediante el intrincado sistema político que garantiza al proletariado la ilusión de «poder intervenir» y «poder cambiar» la situación política, económica y social. Esta democracia, con sus partidos, elecciones, instituciones sociales, etc. pretende, de cara a los proletarios, ser el camino realista para defender sus intereses, alejándolo de la lucha, del enfrentamiento entre clases, tanto político como estrictamente sindical con la clase burguesa. Las reservas materiales otorgadas a los proletarios mediante el llamado sistema del bienestar dan cabida a esta organización política de la democracia, pero es esta la que actúa- si bien transformada de «liberal» en *imperialista*- como defensora eficaz de los intereses, tanto políticos como económicos, de la burguesía.

Cuando la situación económica empeora, como sucedió en los años de la crisis capitalista, la clase proletaria es impulsada a luchar por el deterioro de su condición, por el incremento del paro, el descenso de los salarios, los desahucios, etc. Es en ese momento cuando la democracia brinda su mayor contribución al mantenimiento del orden. Porque si durante los tiempos de paz social pudo simplemente mantener una inercia que le permitía a la burguesía no perder el control, en los tiempos difíciles juega su gran papel no sólo manteniendo más o menos pasivamente el orden

sino desactivando cualquier posibilidad de ruptura por parte de la clase proletaria.

En el periodo que va de 2008 a 2014 la clase proletaria vio cómo sus condiciones de vida caían drásticamente a niveles impensables sólo unos años antes. Vio también cómo la clase burguesa que durante décadas había lanzado la consigna del interés común, de la defensa de los intereses conjuntos de obreros y patronos, de proletarios y burgueses, se lanzaba a una campaña despiadada por hacer cargar sobre sus hombros el peso de la crisis. Y vio, por lo tanto, como los representantes políticos de esta clase burguesa no hacían otra cosa que defender sus intereses. Fue el gobierno de Zapatero (recordado ahora con nostalgia por toda la izquierda institucional) el que reformó las pensiones, redujo el salario de los funcionarios y el que vio cómo el paro se incrementaba sin parar. Y fue el posterior gobierno de Rajoy el que profundizó todas las reformas anti proletarias que a la burguesía nacional e internacional le eran indispensables. Esa fue la base de la entonces tan cacareada «crisis del bipartidismo».

Si el sistema democrático es el gran dique que la burguesía impone entre su poder político, económico y social y la clase proletaria, esto es así porque la democracia permite integrar a aquellas corrientes que dicen representar a la clase proletaria porque logran tener un predicamento y una influencia decisiva entre ella. La democracia imperialista permite, dando el acomodo político y legal, la existencia de organizaciones sindicales integrándolas prácticamente en la estructura estatal y vinculándolas a la defensa última de la economía nacional. Permite y promueve, también, a las grandes organizaciones políticas «proletarias», principalmente la socialdemocracia y el estalinismo, que después de la IIª Guerra Mundial han sido el eje principal con el que las burguesías nacionales han transmitido sus exigencias en todos los ámbitos a los proletarios. La democracia, en pocas palabras, permite integrar a una parte de los proletarios, a aquellos que pertenecen a esa «aristocracia obrera» que tiene vínculos directos con las burocracias sindicales y políticas, y a través de los cuales la burguesía difunde su política.

La «crisis del Régimen del '78» de la que tanto se habló hace 10-15 años fue precisamente la crisis de esa representación proletaria en el orden burgués, el desgaste de las fuerzas que tradicionalmente habían servido para que la burguesía controlase al proletariado y le impusiese sus exigencias. A esto se añadió un cierto impulso a la lucha independiente entre determinados sectores del proletariado que contribuyó

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros

C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa de Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj 08001 -
Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

a mostrar un panorama político y social en crisis. Fue entonces cuando aparecieron en escena esas nuevas corrientes políticas como Podemos, Sumar, etc. Hoy que tanto se habla de oleada reaccionaria, de derechización de todos los ámbitos de la sociedad, es un buen ejercicio de memoria recordar cómo desde todas las televisiones se llamaba a los líderes de Podemos para hacer oír su opinión. Hoy cuando muchos de estos líderes ya han escrito sus biografías y han convertido aquel periodo en un episodio cuanto menos épico, conviene recordar que ellos mismos eran los niños mimados de la burguesía que requería sus servicios. Si Podemos, por poner un ejemplo, quiso definirse en aquella época como una «máquina de guerra electoral», ya entonces era evidente que podía serlo, pero que esa máquina siempre lucharía en el bando de la burguesía precisamente reactivando la lucha electoral y democrática.

El bipartidismo encontró a sus grandes valedores entre los partidos de la nueva política. En Madrid o Barcelona, gobernaron por primera vez aupados por el PSOE, por el principal partido de Estado de España, que les abrió las puertas de las alcaldías. Años después llegaron al gobierno del país. Y en todos los ámbitos en los que han estado, han dado una contribución decisiva para mantener el orden burgués, para revitalizar las ilusiones democráticas primero y para imponer sin permitir respuesta alguna todas y cada una de las exigencias que la burguesía ha puesto sobre el tapete en estos años.

Para el proletariado, el resultado de estos 10 años de «nueva política» es que la clase burguesa ha impuesto una por una todas sus necesidades, políticas y económicas mientras que cualquier intento de lucha independiente era duramente reprimido y se reforzaba y se volvía a extender la fe ciega en la democracia como sistema de cohesión social del que nada puede escapar. A medida que la tensión social remitía, también lo hacían las variantes más radicales de estas corrientes oportunistas, hasta acabar en la situación actual en la que la vieja Izquierda Unida con un traje renovado va a gobernar seguramente con el Partido Socialista. Por eso decíamos más arriba que el resultado del pasado 23 de julio era el más conservador de los últimos tiempos, porque consolida incluso el fin de las expectativas que, de una manera u otra, pusieron algunos en el «cambio político» y liquida cualquier variante extraña al orden impuesto tras la Transición. El PSOE, verdadero ganador, ha liquidado a los partidos que fueron su bastión de apoyo hace diez años y se apoya en el viejo PCE para alcanzar el poder. Con ello

da una idea clara de lo que les espera a los proletarios: las medidas tomadas a lo largo de estos últimos años marcan el camino a seguir e incluso se ha tirado al basurero a aquellas voces ridículas y estrambóticas que aún fingían querer limitar los excesos.

El partido de clase frente a la democracia

Para nosotros, que somos marxistas revolucionarios y que trabajamos en el sentido de la reconstitución del partido comunista en los términos en que ha defendido históricamente la Izquierda Comunista de Italia, la valoración de la situación política del país tiene un carácter bien definido. Con ella intentamos mostrar la situación concreta del enfrentamiento que inevitablemente existe entre las dos clases principales de la sociedad capitalista (proletariado y burguesía) pero también entre las diferentes partes de la burguesía, que inevitablemente deben luchar entre sí para mantener su cuota de control sobre el plustrabajo obtenido de la explotación del proletariado y la consiguiente fuerza política que esta trae asociada. Este enfrentamiento atraviesa a todos los países capitalistas avanzados y es el que realmente define sus características políticas y jurídicas esenciales. La forma constitucional de un país es un producto derivado de las tensiones latentes que persisten pese al equilibrio que cualquier forma jurídica pretende consolidar y es por ello que ninguna valoración que atienda a esta rigurosa jerarquía (modo de producción-clases sociales-Estado-formas políticas circunstanciales) puede dar una visión realista de la naturaleza del desarrollo de un país.

Es por este motivo que líneas de valoración de las circunstancias políticas de un país como las que trazamos en este artículo no tienen nada que ver con ningún tipo de «análisis de coyuntura». Las diferentes formas políticas que adopta un Estado y, dentro de estas, las mil variantes posibles que permite la relación de fuerzas entre las diferentes clases sociales existentes no pueden ser entendidas como algo esencial: los grandes ciclos históricos, que son los que delinear las formas políticas generales dentro de un mismo modo de producción y, por lo tanto, del dominio generalizado de una clase social, no se reafirman o contradicen por pequeñas variantes coyunturales por muy llamativas que estas sean. Tomemos por ejemplo la clásica distinción entre formas capitalistas imperialistas y pre imperialistas con que Lenin, y con él los partidos comunistas de la III Internacional no degenerada, caracterizó el desarrollo del ca-

pitalismo a partir de finales del siglo XIX. A la fase capitalista del desarrollo imperialista, que puede describirse a partir de la concentración monopolística de los medios de producción, la fusión del capital industrial y el bancario para dar lugar al financiero y la división del mundo en áreas de influencia pertenecientes a las principales potencias, le corresponde la forma político-social fascista. Esto no quiere decir, como es sabido, que el imperialismo niegue las formas políticas democráticas características de tiempos anteriores sino que la estructura política fascista, bien desarrollada en Italia o Alemania en el periodo de entreguerras, se ensambla con estas permitiendo modelar el Estado burgués de acuerdo a las necesidades que la fase imperialista del desarrollo le impone tanto en lo referido a la lucha contra la clase proletaria como a la lucha entre facciones burguesas de un mismo país o entre burguesías nacionales enfrentadas. Así, la integración de los antiguos sindicatos de clase en la estructura estatal, la supresión de buena parte de las libertades democráticas que quedan supeditadas a la regulación estatal, la intervención *constitucionalmente prevista* del Estado en la economía nacional, etc. son características de esta forma fascista que las potencias vencedoras en la IIª Guerra Mundial desarrollaron dentro de sus regímenes democráticos exactamente igual que lo hicieron la Alemania de Hitler o la Italia de Mussolini. Esta afirmación general de que la forma fascista es la que define a las potencias imperialistas desde hace décadas, no implica que no existan numerosas variantes tanto en lo referido a regímenes políticos como a formas particulares de estos. Pero lo esencial permanece inmutable y sólo un brusco cambio en las relaciones entre la clase burguesa y la proletaria puede llevar a que varíe.

Las fases del desarrollo capitalista, no son susceptibles de entenderse mediante el «análisis de coyuntura», un método que sustituyó en la Internacional Comunista en fase de degeneración a los balances dialécticos que sí obedecen al método de trabajo marxista. Pero los cambios que puede sufrir un país como España en el arco de diez o quince años, tampoco pueden ser comprendidos mediante este tipo de análisis porque lo esencial de los términos en que se desarrolla el dominio burgués no cambia, no es coyuntural y las expresiones más o menos accesorias de este no tienen otra importancia que la de remitir a la naturaleza de dicho dominio, el de ser expresiones particulares que no pueden contravenir (ni entenderse sin) la pers-

(sigue en pág. 4)

Tras las elecciones

(viene de la pág. 3)

pectiva de un desarrollo general.

Los lectores habituales de nuestra prensa saben que todos los artículos y editoriales que nuestra corriente dedica a las vicisitudes particulares de un país concreto, sea este Italia, España, Francia o cualquier otro, tienen un único sentido: evidenciar cómo las formas particulares que adopta la dictadura burguesa sobre la sociedad remiten siempre a la naturaleza invariante de esta dictadura, la explican... y que por eso las intentamos describir mostrando la dialéctica interna que domina sus cambios, no porque consideremos, de ninguna manera, que en estos cambios resida ningún tipo de verdad oculta.

Nuestra corriente, la Izquierda Comunista de Italia, ha combatido siempre la democracia como método de gobierno preferido por la clase burguesa, sea en su forma liberal primigenia sea en su versión fascistizada (o *blindada* por utilizar un término algo más preciso). La crisis capitalista de 2008-2012 supuso un refuerzo de la ilusión democrática entre los proletarios. Durante aquellos años, lejos de ver la ruptura con las concesiones a la colaboración entre clases que está en el centro del sistema democrático, se constató una exitosa ofensiva burguesa sobre el terreno de la recuperación para el juego electoral de las tensiones sociales que se acumulaban como consecuencia de la debacle económica. Durante todo este tiempo, todo nuestro trabajo (que hemos desarrollado con unas fuerzas numéricamente reducidas pero teórica y políticamente coherentes) ha ido dirigido a mostrar que la democracia, la confianza en que la clase burguesa y la clase proletaria pueden convivir en un régimen político supuestamente beneficioso para ambas, era la piedra de toque de la reacción. Y con ello mostrábamos tanto la realidad del momento (es decir a una clase proletaria que, incluso siendo azuzada a la lucha por la necesidad económica, recaía una y otra vez en las redes de las corrientes oportunistas que les prometían un sistema liberado de impurezas, unos partidos más transparentes o un retorno

a épocas de abundancia ya pasadas) como la continuidad histórica del ejercicio del dominio implacable de la burguesía, de la función de sus agentes entre el proletariado y de su objetivo único de mantener bajo control a los proletarios mientras se refuerza la capacidad para competir contra las burguesías rivales extranjeras. Frente a la «coyuntura», el marxismo defiende la invariancia porque su labor crítica va dirigida a mostrar a la clase proletaria las condiciones reales en las que puede (y debe) producirse su emancipación y, por lo tanto, a rasgar el velo de todas las ilusiones que traen los cambios superficiales y las variaciones ostentosas pero vacías que la propia burguesía ha aprendido a utilizar para reforzar su posición.

De esta posición, que explica y defiende la naturaleza del *arma de la crítica* marxista contra toda pretendida innovación, mejora o adecuación, se deriva otra, la referida a la *crítica de las armas*. Para el marxismo a la invariancia de la naturaleza del dominio burgués le corresponde la invariancia de la doctrina marxista: manteniéndose constantes las bases de la sociedad capitalista, también se mantiene constante la naturaleza de la lucha de clase proletaria, sin que ninguna «variación de coyuntura» pueda alterar los términos en los que esta se desarrolla. De la misma manera que sobre el plano teórico niega la validez de cualquier innovación, sea a lo que sea que esta obedezca, sobre el plano de la acción del partido, tanto sobre el terreno de la intervención en la lucha inmediata del proletariado como sobre el terreno de la lucha política general (independientemente de las fuerzas de que disponga en partido, ambos terrenos siempre están abiertos, al menos en potencia, como ámbitos de actuación propia) niega la posibilidad de que ningún tipo de voluntarismo, de recurso al activismo, pueda violentar la situación, sea esta favorable (que no lo es hoy) o desfavorable (como lleva siéndolo durante décadas).

Pese a las fuerzas limitadas de que hoy dispone el partido, su trabajo se desarrolla con una diferencia sólo cuantitativa respecto a los momentos en los que tales fuerzas fueron mucho mayores. El trabajo de desarrollo teórico, de valoración política, de intervención sobre la vida y la lucha diaria de la clase proletaria (tanto en el terreno específicamente sindical como en otros) forman parte siempre, dentro de los límites posibles, de la acción del partido. Hoy, cuando vivimos un largo periodo en el que la lucha de la clase proletaria está prácticamente ausente de la escena (algo, por otro lado, novedoso para el partido de clase) es normal que el trabajo teórico ocupe un lugar mucho más destacado

en el trabajo del partido, de la misma manera que en un mañana que sin duda deberá llegar, la acción de intervención política e insurreccional implicará inevitablemente la mayor parte de la actividad del partido, pero sin que el trabajo teórico sea abandonado, como demostraron Lenin y Trotsky durante la guerra civil rusa contra las guardias blancas con los trabajos sobre el renegado Kautsky y sobre el terrorismo. Si la inclemencia de estos tiempos, que no son reaccionarios sino de contrarrevolución permanente desde hace casi cien años, hiciese modificar en algo esta perspectiva del trabajo revolucionario del partido de clase eso implicaría que la contrarrevolución acabe por destruir definitivamente al partido.

Es por este motivo que, al igual que el marxismo prescribe cualquier «análisis de coyuntura» entendido en los términos que hemos expresado más arriba, veta cualquier recurso a «valoraciones estratégicas» que pretendan colocar en el centro de la acción política la voluntad, la «acción concreta» o cualquier fetiche similar. La situación no es desfavorable por falta de capacidad, por falta de un plan o algo similar... llegar a pensar esto implica aceptar como punto de partida los términos en que la burguesía plantea la realidad. Esta perspectiva es propia de las clases pequeño burguesas y es la base, el fermento, de un nuevo oportunismo (nuevo en las formas, no en el contenido) que, como siempre, aparece por la presión que la pequeña burguesía y su concepción de la realidad ejercen sobre la clase proletaria. Y, también como siempre, esta concepción tiene en el centro el recurso a la democracia (no burguesa sino «proletaria» o «popular», claro...) como método organizativo, como horizonte político, como principal recurso teórico, etc.

En la sociedad burguesa no existen los equilibrios permanentes. La misma naturaleza de la competencia capitalista enfrenta sin parar a proletarios contra burgueses, a burgueses contra burgueses y a naciones contra naciones. La paz no es duradera ni entre las naciones, como nos muestra la reciente guerra a las puertas de Europa, ni entre las clases sociales. Sea cual sea la forma en que se exprese la tendencia al desequilibrio, la crisis y la guerra, la esencia de este estará íntimamente ligada a la propia naturaleza del capitalismo. Y cuando, junto a los grandes desgarros sociales que están por venir, aparezcan de nuevo las viejas fórmulas oportunistas, la sempiterna consigna democrática, por novedosa que sea la forma que adopte, su contenido seguirá siendo el mismo y la tarea del partido de clase frente a ella, también.

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

De nuevo, el metal

(viene de la pág. 1)

Desde ese momento la empresa, la prensa local y los sindicatos Comisiones Obreras y UGT se volcaron contra los trabajadores que hacían huelgas, calificándolos de «radicales» y «terroristas» y amenazando con la posible rescisión de varios contratos que diferentes armadores tenían con Navantia debido a las protestas, con la consiguiente pérdida de carga de trabajo que implicaría menos contratación, etc. La situación alcanzó el punto de máxima tensión cuando los trabajadores en huelga convocaron una manifestación desde el astillero hasta el lugar donde la ministra de Trabajo y candidata de Sumar a las elecciones generales iba a dar un mitin. Desde ese momento, toda la izquierda parlamentaria, todos los falsos amigos que los trabajadores encuentran siempre y cuando sigan el camino recto de la huelga legal, el voto y el respeto a la democracia, se volvieron contra ellos. Finalmente y entre grandes presiones la manifestación se realizó, el acto de Yolanda Díaz fue boicoteado. En los días posteriores la prensa de Cádiz anunció el despido de 74 trabajadores del astillero y, aunque realmente se trató de un cese del contrato fijo discontinuo que tienen con la empresa por «fin de actividad», se trató de una maniobra represiva que acabó por forzar la desconvocatoria de la huelga que mantenían los trabajadores.

La situación después de este conflicto sigue siendo exactamente la misma que antes: la legislación laboral aprobada por los últimos gobiernos ha ayudado a consolidar el sistema de externalización y subcontratación, que favorece el que los proletarios empleados en las empresas auxiliares trabajen por días, dependiendo en todo momento de la carga de trabajo y con la espada de Damocles del «cese» siempre sobre su cabeza. Después de la huelga salvaje de 2021 y de este tipo de conflictos, de menor alcance pero igualmente significativos, el camino para muchos trabajadores va estando claro: o la lucha, o el desempleo, la emigración y la miseria.

Mientras tenía lugar el conflicto en la bahía de Cádiz, en Vigo varios paros generales de un día afectaron a todo el sector del metal y alcanzaron gran repercusión mediática. Estos paros tenían como objetivo presionar a la patronal en la negociación del convenio colectivo, que se estaba llevando a cabo en los últimos meses. Los trabajadores, exigían una subida salarial del 4% cada año desde 2023 y hasta 2025, es decir por el periodo de vigencia del próximo convenio colectivo. En segundo lugar, se recla-

maba una disminución de la jornada laboral (24 horas mensuales menos) y, finalmente, garantías para los trabajadores subcontratados en los cambios de empresa. Por su parte, la patronal, en el momento de la huelga, ofrecía una subida del 6% acumulado para el mismo periodo, una reducción de 8 horas mensuales y no quería ni oír hablar de las garantías de subrogación. Finalmente, se firmó un acuerdo que garantizaba una subida del 3% cada año de 2023 a 2025, dos días (16 horas) de trabajo menos al mes sin que se contemplase ninguna de las otras medidas que exigían los sindicatos.

No es difícil darse cuenta de que la subida salarial no va a suponer la recuperación del poder adquisitivo perdido en los últimos años por efecto de la inflación acumulada y que el resto de reivindicaciones no suponen una cesión de ningún tipo por parte de la patronal. Pese a ello las principales organizaciones sindicales (CC.OO., UGT y la Confederación Intersindical Galega -CIGA) han vendido el acuerdo como un gran éxito de la negociación y suspendieron, pese a la gran combatividad que habían demostrado los trabajadores durante las jornadas de huelga que llegaron a realizarse, la convocatoria de huelga indefinida. Además, impidieron a los trabajadores votar en asamblea el acuerdo, garantizándose de esta manera su aprobación.

Como es sabido, la tradición de lucha del metal de Vigo es muy fuerte. Desde 1973 la capacidad combativa de estos proletarios ha dado ejemplos memorables de lucha y es justamente a eso a lo que sindicatos, patronal y gobierno tenían miedo y contra lo que han desplegado toda su artillería desmovilizadora.

Ambos casos, el de la bahía de Cádiz y el de Vigo, son representativos de la conflictividad que ha marcado al sector del metal en España durante los últimos tres años.

Durante este tiempo hemos venido señalando en este periódico que si la burguesía iba a poner todo su esfuerzo en lograr contener los salarios como vía para reducir costes en todos los sectores productivos, el metal iba a ser la punta de lanza de esta ofensiva. Decíamos (y seguimos manteniendo) esto por dos motivos. En primer lugar, hay un hecho económico indudable: el metal (incluyendo la automoción, si bien dado el peso específico de esta suelen considerarse dos sectores separados) tiene un peso en el conjunto de la industria española de primer orden. Y esto no tanto porque sea el primer sector productivo en términos de volumen de mercancías, precios o mano de obra empleada sino

porque la industria metalmeccánica está en la base de toda una pirámide formada por industrias de transformación que requieren los productos manufacturados del metal para producir. De esta manera, el coste del producto finalizado en la industria del metal es un determinante clave del coste en muchas otras industrias y es necesario mantenerlo dentro de unos límites que garanticen la rentabilidad de todos los productos finales, especialmente dada la competencia despiadada que existe a nivel no ya nacional sino internacional.

Por otro lado, hay un factor político y social de primer orden: la industria del metal no sólo concentra a más cantidad de proletarios por unidad productiva que casi cualquier otra industria, sino que, además, estas concentraciones de proletarios en torno a una factoría (ya no a una empresa, pero sí a uno o unos pocos centros de trabajo) supone un eje de referencia para el conjunto de los proletarios de la zona inmediata: lo que sucede con los trabajadores de Vigo o de Cádiz tiene una repercusión directa en los trabajadores de toda la región, tanto porque sufren directamente las consecuencias como porque ven en ellos un referente histórico y actual.

No es por casualidad que las técnicas empresariales de reestructuración de la propiedad, orientadas siempre a incrementar el beneficio minimizando los costes mediante la reducción patrimonial del capital constante y variable al mínimo posible, se han desarrollado más en el sector metalmeccánico que en cualquier otro. Desde el proceso de reconversión industrial de los años '80 hasta la actualidad, la forma jurídico-empresarial de la industria se ha ido moldeando a base de cierres de factorías públicas no rentables, parcelación de empresas, externalización, creación de redes de industrias auxiliares, etc. Esto ha extendido esa dependencia que del sector tiene una buena parte de la población obrera de la región pero también ha contribuido a dividir y aislar a los proletarios, levantando muros en función de la pertenencia o no a la empresa matriz, la antigüedad... e incluso los turnos dentro de una misma empresa.

Es evidente que el sector del metal de hoy no es aquel de los años '60 y '70 que en regiones como País Vasco o Cataluña, y en ciudades como Vigo, Valladolid o Cádiz levantaba tras de sí a la mayoría de proletarios de la zona. Pero aún así su peso y su influencia no puede ser minusvalorada: pese a los esfuerzos de la burguesía por romper mediante todas las artimañas posibles la fuerza de una gran concentración proletaria como esta, existen unos mínimos que no

(sigue en pág. 6)

De nuevo, el metal

(viene de la pág. 5)

puede rebasar y si el tamaño de las grandes factorías (allí donde aún existen) ha menguado, también es cierto que una tupida malla de empresas del llamado «pequeño metal» han surgido al calor de la externalización del proceso productivo y en fechas muy recientes, véase el ejemplo de Tubacex, han dado grandes ejemplos de lucha.

Y es por el mismo motivo por el que para la clase proletaria el sector del metal sigue teniendo un peso singular (algo que nada tiene que ver con la rememoración romántica de un pasado ya extinto sino con la fuerza para luchar que aún muestran sus trabajadores) por lo que la burguesía española tiene claro que el éxito de su política de contención salarial para el conjunto de los proletarios pasa por lograr imponerla en este sector. De nuevo, por dos motivos: económicamente es imprescindible que una industria de la que existe ese nivel de dependencia no encarezca el conjunto de la producción y, en términos políticos y sociales, porque el ejemplo de la derrota -sea como sea que esta se lleve a cabo- tiene un gran efecto desmovilizador sobre el resto de proletarios.

En este sentido, el ejemplo más llamativo fue, en 2021, el de Cádiz cuando, como respuesta a la huelga salvaje de los proletarios de la industria auxiliar, a las movilizaciones en solidaridad de los barrios obreros, etc. el gobierno envió una tanqueta policial para ayudar a los antidisturbios a imponer el orden en las calles. Más allá de la ventaja táctica que otorgaba la tanqueta a unos policías

muy acostumbrados a pegar a manifestantes inermes pero poco hechos a enfrentamientos serios, el gobierno del PSOE lanzaba un mensaje a todos los proletarios a los que durante la pandemia de la Covid-19 se había bombardeado con los consabidos mensajes de unidad nacional: la represión sería tanto más dura cuanto más se saliesen del camino de la colaboración entre clases que se les imponía, por ejemplo reivindicando cualquier cuestión laboral.

Pero más allá de la célebre tanqueta, ha habido casos igualmente importantes. Uno de ellos fue el de Tubacex, también en 2021. Los trabajadores de esta empresa vasca del sector del metal llevaron a cabo una intensa y duradera huelga contra los despidos que pretendía imponer la empresa. Fue, como el de Cádiz, una situación que trascendió los límites del enfrentamiento empresarial porque representaba, también, un caso de insubordinación por parte de un sector de proletarios que se negaron a ceder ante las exigencias patronales como pedían, también, los grandes sindicatos en todo el país. En este caso, la caja de resistencia y la solidaridad de otros grupos de trabajadores les ayudó a continuar una huelga durante la cual la empresa llegó a ofrecer, de acuerdo con buena parte de la patronal del metal, pagar el salario de los despedidos sin necesidad de que fuesen a trabajar: hasta tal punto estaba dispuesta a ceder con tal de no dar el ejemplo de una derrota. Finalmente los trabajadores lograron la readmisión de todos los despedidos y a día de hoy la burguesía se cobra su venganza pidiendo varios años de cárcel para algunos de los huelguistas más destacados por los disturbios de entonces.

Si la clase burguesa ha podido salir victoriosa en prácticamente todos los conflictos que ha librado con los trabajadores del metal ha sido porque cuenta con aliados muy poderosos que la sirven entre las filas de los proletarios. Desde el Partido Socialista en el gobierno hasta las organizaciones sindicales, pasando por el PCE, SUMAR o Podemos, las organizaciones políticas y sindicales que dicen colocarse a la izquierda del arco político forman parte de un frente único burgués que se muestra tanto más cohesionado cuanto más grave es la amenaza que le acecha. Después de la crisis de 2008 y de la pandemia mundial, el programa mínimo burgués, tanto en lo referente a la acción parlamentaria como a la acción sindical, es el mismo: mantener a la clase proletaria dentro de unos límites cada vez más próximos a la mera supervivencia, contentiendo para ello los salarios especialmente de sus sectores más débiles intentando lograr con ello una magra re-

cuperación económica. El sector del metal, en el que sistemáticamente se ha logrado imponer una negociación salarial que colocaba los sueldos por debajo de la inflación ha sido un laboratorio de operaciones. De Cantabria a Vigo y de Cádiz a Baleares, en todas partes el concurso patronal-gobierno-sindicatos ha garantizado la victoria de la burguesía y ha permitido que los últimos tres años se vivan sin ningún tipo de sobresalto, sin ninguna conmoción social, mientras que las condiciones de vida de los proletarios empeoraban en todos los sentidos.

Pero en un mundo como el capitalista, en el que la salida de una crisis sólo se produce acumulando los factores que determinarán otra aún más tempestuosa, en el que el desequilibrio es la norma y no un estado pasajero tanto en términos económicos como sociales, ninguna victoria es definitiva. Sin duda, el conjunto de la clase proletaria permanece estancada en el dique seco al que le ha llevado la política, mantenida durante décadas, de colaboración entre clases. Incluso a la hora de ponerse en movimiento, cuando han tenido lugar las huelgas provinciales del metal, en casi ninguna ocasión se ha logrado romper la dinámica basada en la confianza democrática en la intermediación de las instituciones patronales, sindicales y estatales, lo que ha impedido (ni siquiera parece haberse soñado) plantear una única movilización de todo el sector nacional del metal, dejando que la burguesía liquidase localmente cada huelga sin más repercusiones externas.

Pero ejemplos como los de Cádiz o Vigo, donde al calor de las movilizaciones se ha visto surgir organizaciones proletarias que, aún agrupando a una pequeña minoría de trabajadores, se colocaban en franca ruptura con la política claudicante de las grandes centrales sindicales, que han sido capaces de impulsar movilizaciones fuera y contra esta política basada en la conciliación con la patronal, muestran que la paz social nunca estará completamente garantizada para la burguesía. Pese a los límites de este tipo de reagrupamientos proletarios, pese a lo escaso de su tamaño y a las posiciones confusas que necesariamente deben asumir, representan la fuerza potencial de una clase proletaria a la que, tarde o temprano, la propia incapacidad de la clase burguesa para mantener su sistema de colaboración entre clases, llevará a retomar de nuevo el camino de la lucha de clase.

«el programa comunista» Nº55, mayo 2022

- ¿Está terminando la emergencia del «Covid-19»? Lo que no termina es el control social cada vez más estricto

- Algunos puntos sobre la situación histórica que ha conducido también a la guerra ruso-ucraniana

-El movimiento D'Annunzio (A. Bordiga - 1924)

- La cuestión de la tierra a lo largo del desarrollo de la lucha de clase del proletariado español.

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6£; 16FS; 50Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org

SOBRE LA GUERRA ruso-ucraniana

(viene de la pág. 1)

En los diversos artículos que hemos publicado, también hemos recordado cómo en los acuerdos celebrados en 1991-92 entre Rusia y Estados Unidos, en el momento del colapso de la URSS y el establecimiento de nuevos estados «independientes», incluida Ucrania, Estados Unidos se comprometió a no desplegar bases y posiciones de la OTAN en las fronteras de Rusia. Y como ocurre con todos los acuerdos entre bandidos, el acuerdo fue roto; sus intereses estratégicos y sus relaciones de poder, al cambiar con el tiempo, también cambian la actitud de los estados respecto a los acuerdos que han firmado.

La invasión rusa de Ucrania era esperada por Estados Unidos. El diario británico *The Guardian* reveló -según el portal *agi.it* el 8 de mayo (1)- que Putin había dicho al expresidente estadounidense Clinton en 2011, tres años antes de la anexión de Crimea, que no se consideraba vinculado por el Memorando de Budapest (él no lo firmó, pero sí Boris Yeltsin) en el que, contra la entrega de todas las armas nucleares de Ucrania, Rusia garantizaría la integridad territorial de Ucrania. Fue el propio Clinton quien lo reveló unos días antes durante una conferencia en un centro jurídico de Nueva York.

Así pues, EEUU sabía que tarde o temprano Rusia atacaría Ucrania -como ya había hecho con Chechenia y Georgia-, a las que Putin siempre ha considerado parte integrante de Rusia, pero desde la altura de su fuerte posición en la OTAN controlando casi toda la frontera rusa con Europa Occidental, habiendo fusionado en ella a casi todos los antiguos países «socialistas», EEUU esperó a que Rusia diera el «primer paso», teniendo así a su favor el argumento propagandístico por excelencia: con la agresión militar de Ucrania, ¡Rusia rompe los acuerdos y amenaza a toda Europa!

Desde la caída del presidente pro-ruso Yanukovich, los angloamericanos se han desvivido por apoyar cualquier tipo de movimiento político y provocación que sirviera para abrir las puertas de Ucrania a la influencia política «occidental». Ucrania era el último país europeo aún en equilibrio entre el Occidente euroamericano y el Oriente ruso; un bocado demasiado tentador para la OTAN y la UE como para dejarlo bajo la influencia rusa. Por otra parte, en la larga fase imperialista del capitalismo que atravesamos actualmente, ningún país queda libre para actuar en el mercado mundial según intereses exclusivamente nacionales; y mucho menos en el caso de países, como Ucrania, que representan un centro neurálgico y un punto estratégi-

co -como Polonia- en el conflicto entre los imperialistas euroamericanos y el imperialismo ruso. Las potencias imperialistas más fuertes deciden el destino de la paz y de la guerra en función de sus propios intereses imperialistas y sobre la base de leyes económicas que, en realidad, son incapaces de controlar, como demuestran las constantes crisis que sacuden las economías y las bolsas. La «libertad» y la «democracia» que supuestamente constituyen los «valores de la civilización occidental» son engañosas, mitos útiles para confundir y engañar a las masas proletarias del mundo, para aplastarlas bajo las reivindicaciones de la dominación burguesa además de aplastarlas con las condiciones salariales. La política exterior de los países imperialistas más fuertes no siempre sigue sus intereses específicamente económicos; en los enfrentamientos interimperialistas, la economía, las finanzas y la política exterior están tan estrechamente entrelazadas que ciertas «políticas» anticipan en perspectiva los objetivos económicos y financieros. Si es cierto que la guerra es la continuación de la política exterior aplicada por medios militares, también lo es que las condiciones en las que los adversarios entran en guerra no están claramente predeterminadas, no responden a un diseño preciso en el que se hayan considerado todas las diferentes hipótesis en las que tendrá lugar y se desarrollará el enfrentamiento. Al igual que ante las grandes crisis económicas, ante las crisis bélicas, la política imperialista no precede sino que *sigue a* los acontecimientos; por lo tanto, el imperialismo no puede ni podrá nunca impedir que estalle una crisis económica o que estalle una guerra. Lo que sí puede hacer, y hace, sabiendo ya por experiencia que tarde o temprano estallará la crisis capitalista de sobreproducción, es prepararse, sobre todo militarmente, para hacer frente a la crisis y, por tanto, a las reacciones de los Estados competidores, para aprovechar cualquier punto débil de sus adversarios con el fin de obtener una ventaja a favor de sus propios intereses de dominación.

El gigante ruso no habría esperado, aun sabiendo que Kiev contaba con el apoyo político y militar de Occidente, una resistencia tan tenaz a la invasión militar; ni los estadounidenses habrían esperado una conducta tan orgullosa de un pueblo que, desde el comienzo mismo de la invasión, se sacrifica descaradamente no sólo a los intereses del capitalismo nacional, sino a los intereses de la dominación de potencias imperialistas que no tienen otro objetivo que proceder, de masacre en masacre, a sustraerlo a la dominación de una potencia imperialista contraria.

Mientras escribimos nos acercamos a los 500 días de guerra, de bombardeos,

de destrucción, con decenas y decenas de miles de muertos, cientos de miles de heridos en ambos lados de los frentes, con vastas masas reducidas al hambre y huyendo de sus hogares. Y mientras se desarrolla esta horrenda tragedia, el imperialismo ruso culpa a Occidente de no respetar los acuerdos de seguridad mutua, los imperialistas estadounidenses y europeos trasladan la culpa de las masacres de la guerra a los rusos, a quienes culpan de querer invadir, después de Ucrania, toda Europa - los campeones de la «libertad» anuncian, al mismo tiempo, que esta guerra durará mucho tiempo, y que no hay necesidad de «negociar» ni un alto el fuego, ni una tregua, ni siquiera la «paz» .

Esto no quita que, para alimentar la propaganda bélica y «pacifista» al mismo tiempo, se incite a los medios de comunicación del mundo a informar de que «alguien» está pensando en la paz, y proponiendo «planes» que se presentarán en foros más o menos restringidos, más o menos amplios. Las mismas manos manchadas con la sangre de los soldados enviados al matadero y de los civiles alcanzados por misiles de todo tipo, que reiteran un NO al fin de la guerra salvo después de «ganar» -y en esto Zelensky y Putin son de la misma opinión- son las que escriben un «plan de paz» o las que responden «¡de ninguna manera!».

Planes de paz

El «plan de paz» de diez puntos de Zelensky se formalizó y presentó en la reunión del G20 en Bali, Indonesia, en noviembre de 2022, después, por supuesto, de discutirlo con Biden.

Este plan prevé, en resumen: la retirada de todas las tropas rusas de Ucrania; la indemnización por los daños de guerra; una garantía de seguridad nuclear, alimentaria y energética; la liberación de todos los prisioneros y deportados; el restablecimiento de la integridad del territorio nacional (incluida Crimea) y la prevención de una posible escalada. Por supuesto, no podía faltar la exigencia de la creación de un tribunal especial para el «crimen» de la agresión rusa contra Ucrania. Por último, prevé la firma del «documento de paz» una vez satisfechas todas estas exigencias.

El ministro de Asuntos Exteriores ruso, Lavrov, responde secamente, por supuesto: *poco realista*.

Como todos los planes de paz elaborados mientras la guerra continúa, éste también - suponiendo que se convierta en la base para negociar un alto el fuego y el «fin de la guerra» - sufrirá los cambios que determine la forma en que la guerra realmente se detenga, o cese. Por el momento, la posición de Zelensky, y por tanto la angloamericana, sigue

(sigue en pág. 8)

SOBRE LA GUERRA

ruso-ucraniana

(viene de la pág. 7)

siendo firme en el sentido de que la guerra continuará hasta que Rusia se haya debilitado lo suficiente -mediante una combinación de sanciones económicas cada vez más duras, un aislamiento internacional constante y más amplio, reveses militares provocados por una fuerte contraofensiva ucraniana respaldada por algunos de los armamentos occidentales más eficaces y modernos y una crisis político-militar en el gobierno de Putin, y quizás también por una cierta relajación de la amistad por parte de China o por otras razones aún - y se verá obligada a empezar a negociar una «paz» que, como todas las paces hasta la fecha, no será más que una tregua entre una guerra y la siguiente.

El «plan de paz» chino de 12 puntos, presentado por el Ministerio de Asuntos Exteriores con la aprobación de Xi Jinping, se hizo oficial el 24 de febrero de 2023, exactamente un año después de la invasión rusa de Ucrania. Este plan no contradice la posición que China ya había adoptado con respecto a esta guerra.

Comienza reafirmando el respeto a la soberanía de todos los países (y esto, refiriéndose a la propia China, implica también la soberanía de Pekín sobre Taiwán), apelando al «derecho internacional» reconocido por la ONU. A continuación, subraya que la seguridad de cada país no puede garantizarse reforzando o ampliando los bloques militares (de ahí el no a Ucrania en la OTAN, pero también el no a la ampliación del bloqueo militar ordenado por Estados Unidos en Asia y el Pacífico). Obvio es entonces el llamamiento a las conversaciones de paz mediante un alto el fuego y una serie de reuniones para encontrar compromisos mutuamente aceptables; lo que implica el llamamiento a Estados Unidos, Reino Unido y la UE para que dejen de alimentar la guerra y utilicen su peso político presionando a favor de una «solución política» al conflicto. No faltan palabras sobre la «crisis humanitaria», la «seguridad de los civiles» y el papel de la ONU como «garante» en la ayuda humanitaria y el intercambio de prisioneros de guerra entre Rusia y Ucrania. Por supuesto, se quiere asegurar las centrales nucleares, prohibir el uso de armas nucleares y de armas biológicas y químicas en el conflicto «por parte de cualquier país y bajo cualquier circunstancia». Otro punto se refiere a la exportación de grano, tanto ucraniano como ruso, para que la crisis bélica no se vea agravada por una crisis alimentaria de proporciones mundiales. No a las sanciones unilaterales «no autorizadas por el Consejo de Seguridad de la ONU» (del que, por cierto, Rusia es

miembro). Tratándose de un «plan de paz», no podía faltar el llamamiento a «salvaguardar el actual sistema económico mundial», a «oponerse a la politización, instrumentalización y uso de las armas en la economía mundial» y a «mitigar conjuntamente los efectos indirectos de la crisis y evitar que la energía, las finanzas, el comercio de cereales, el transporte y otras formas de cooperación internacional se vean perturbadas y perjudiquen la recuperación de la economía mundial». He aquí el grito de guerra del capitalismo con rostro humano ofrecido hoy en salsa china: ¡el sistema económico mundial no se toca!, ¡hay que luchar contra la crisis bélica que interrumpe el comercio, los negocios y mina las bolsas! Firmado... ¡¡¡Partido Comunista Chino!!!

La preocupación de China por una guerra que ponga en peligro no sólo a Rusia, sino también el comercio chino, es evidente. El llamamiento se dirige especialmente a Estados Unidos y la Unión Europea, dos mercados vitales para el capitalismo chino.

El *Wall Street Journal* del 26 de mayo (recoge *Il fatto quotidiano* del 27 de mayo) informa de una actualización: Li Hui, enviado especial del presidente chino, ha aterrizado rápidamente en varias capitales europeas (Varsovia, Berlín, París, Bruselas) para convencer a los aliados europeos de Kiev de que trabajen por un alto el fuego y procedan al reconocimiento de los territorios que Rusia ya ha ocupado en Ucrania, es decir, Crimea y las regiones de Donetsk y Lugansk. Naturalmente, Pekín intenta dividir a los europeos de Washington. No se excluye que hayan utilizado un argumento, pero ya lo hemos anticipado, a saber, que Estados Unidos, en realidad, quiere debilitar a Europa con esta guerra para dominarla mejor y enfrentarse al gigante asiático desde una posición mucho más fuerte que la actual.

Otros países de segunda fila, como Brasil, Sudáfrica e Indonesia, han aparecido en el horizonte presentándose como «facilitadores de la paz» o «constructores de la paz». Brasil y Sudáfrica son miembros de los BRICS, junto con Rusia, China e India, y esta estrecha alianza económica sustenta una potencial alianza política de primer orden, hasta el punto de que en un futuro quizá no muy lejano podrían representar el tercer actor entre los bloques imperialistas que deciden el destino del mundo: Estados Unidos, la Unión Europea y los BRICS. China es, de hecho, el pivote económico y financiero en torno al cual gravitan los demás miembros, pero su estrecha alianza permitió crear en 2015 el Nuevo Banco de Desarrollo (NBD) para financiar infraestructuras y proyectos en materia de agua, energías limpias, eficiencia energética, transportes e infraestructuras sociales y digitales. Por supuesto, no les falta ambición para constituir un

tercer gran polo capitalista mundial, y tienen un largo camino por recorrer para empezar a desafiar seriamente a Estados Unidos y la Unión Europea; pero son países «jóvenes» en términos capitalistas, con un inmenso proletariado al que explotar como nunca lo hicieron los viejos imperialistas europeos, y ya hoy, 20 años después de su formación, los BRICS representan el 40% de la población mundial, el 25% de la economía global y el 17% del comercio a escala planetaria. Todos los países de Asia, África y América Latina que se definen como «en vías de desarrollo» y que sufren la dominación blanca, históricamente pesada, de Estados Unidos y Europa, miran a los BRICS como una alternativa viable. Irán, Argelia y Argentina se encuentran entre los primeros países que han solicitado oficialmente su adhesión a los BRICS, y muchos otros están en lista de espera: desde Arabia Saudí a Egipto, de Indonesia a Pakistán, México, Siria, Venezuela, de Afganistán a Bielorrusia, Zimbabue o Túnez (2). Por esto, al formar parte de este grupo, Brasil y Sudáfrica se han sentido mucho menos avergonzados que antes para enfrentarse a los «grandes» de la tierra y dar su opinión. Lula, por ejemplo, en abril, antes de visitar China y los Emiratos Árabes Unidos, reunido con el presidente de Rumanía, Iohannis, tras «condenar la violación de la integridad territorial de Ucrania por parte de Rusia» y criticar el enorme suministro de armamento euroamericano a Ucrania, dijo que sería importante que un grupo de países *neutrales* se reuniera y presionara a Moscú y Kiev para persuadirlos de que negociaran la paz. Huelga decir que Estados Unidos y la UE rechazaron las propuestas de Lula porque éste consideraba tanto a Rusia como a Ucrania culpables de la guerra, mientras que su postura, por el contrario, es culpar sólo a Rusia de la agresión contra un país «libre y soberano»...

En cuanto a Sudáfrica, las relaciones con Rusia son muy estrechas desde que Moscú apoyó las batallas del CNA contra el apartheid, con la URSS aún en pie. Las relaciones, salvo periodos de enfriamiento, son en general muy buenas, tanto en términos comerciales como de inversión en el aparato de seguridad sudafricano, hasta el punto de que en 2010 Sudáfrica entró a formar parte del grupo de naciones Bric, que gracias a esta entrada se convirtió en BRICS. Ya en la época de las operaciones armadas occidentales contra la Libia de Gadafi, Sudáfrica se había mantenido al margen de apoyar el ataque a Libia; reafirmó su «neutralidad» en la ONU al abstenerse en abril de 2022, junto con otros 35 países, en la votación que pedía formalmente la retirada de Rusia de Ucrania. El presidente sudafricano, Cyril Ramaphosa, tampoco quiso ser menos que Lula respecto al conflicto ruso-ucraniano. Se

tomó la molestia de actuar como «portavoz de África» ante Putin y Zelensky, que recientemente aceptaron reunirse con él en Moscú y Kiev, junto con otros cinco líderes africanos (Senegal, Uganda, Egipto, Congo y Zambia). Una misión en la que dos países, Sudáfrica y Senegal, se abstuvieron en la votación de la ONU que reconocía la agresión militar rusa; otros dos países, Uganda y Congo, no participaron en la votación, y los otros dos, Egipto y Zambia, votaron a favor (3). Así pues, el juego democrático de los «mediadores» de tres líneas políticas diferentes está a salvo.

Es interesante observar que hay prisa por actuar como mediadores de paz por parte de países que aspiran a hacerse un nombre en las relaciones internacionales, sabiendo perfectamente que no son ellos quienes convertirán en pacifistas las posiciones belicistas de Rusia, Ucrania, Estados Unidos y la Unión Europea. Es la clásica prisa por incorporarse a la mesa que se abrirá cuando cese la guerra, para obtener alguna ventaja política y económica que sólo los «grandes de la tierra» pueden asegurarse. Aparecen ahora, después de un buen año de masacres ruso-ucranianas ante las que se han quedado mirando, cuando parece abrirse un pequeño resquicio no tanto a la «paz», sino a las futuras relaciones políticas (y por tanto también económicas) en un orden mundial sacudido desde hace años por los imperia- lismos más fuertes y en el que empiezan a encontrar razones para reforzar o cambiar las alianzas existentes ante la perspectiva de una tercera guerra mundial.

Por supuesto, en todas las cumbres que se celebran en el mundo, el tema de la guerra en Ucrania es obligatorio. También lo fue en la reciente cumbre celebrada a principios de junio en el Diálogo de Shangri-La en Singapur. En el Shangri-La de Singapur se celebra anualmente una cumbre sobre «Seguridad en Asia-Pacífico» en la que participan unos cincuenta países del mundo. Este año se reunieron hasta 600 delegados de 49 países; el tema dominante no podía ser otro que el contraste de las dos grandes potencias interesadas en todo lo que ocurre en el Pacífico: Estados Unidos y China. Tendremos que ocuparnos de este contraste en otro lugar, con todas las implicaciones relativas a Taiwán, la actitud de Filipinas, la alianza Estados Unidos-Japón-Corea del Sur, la implicación de Australia, etc. Aquí volvemos a la *cuestión ucraniana* que, por supuesto, en una cumbre de este nivel no podía dejar de mencionarse. Y fue Indonesia quien desempeñó el papel protagonista.

Indonesia (capital Yakarta) es un país de más de 270 millones de habitantes, casi el 90% musulmanes, divididos en unos 300 grupos étnicos diferentes, formado por más de 17.500 islas, de las cuales más de 15.000 están deshabitadas.

Ocupa el 7º lugar en la clasificación mundial de Estados por PIB (PPA), con los 6 primeros puestos ocupados por China, Estados Unidos, India, Japón, Alemania y Rusia; y, después de Indonesia, entre los 20 primeros figuran Brasil, Reino Unido, Francia, México, Italia, Turquía, Corea del Sur, España, Canadá, Arabia Saudí, Irán, Egipto y Tailandia. Como puede verse, muchos países definidos como economías «emergentes» se han hecho un hueco entre los 20 primeros del PIB mundial. Aunque el PIB (producto interior bruto) se considera una cifra bruta, en cualquier caso es indicativa de la evolución económica de los distintos países, sobre todo si se compara en los últimos diez o veinte años. Indonesia, por ejemplo, ocupaba el 16º lugar en 2011, China el 2º, India el 10º, Brasil el 6º, mientras que en 2021 Indonesia sube al 7º, China al 1º, India al 3º, Brasil al 8º; mientras que Japón y Alemania intercambian sus lugares: 3º y 4º en 2011, 4º y 5º en 2021. Esto confirma que en la fase imperialista del capitalismo, si las viejas potencias tienden a mantener posiciones económicas y financieras decisivas en el mundo, no pueden impedir que los capitalismos más jóvenes, y más agresivos, escalen posiciones y se impongan en las relaciones mundiales, no sólo económicamente, sino sobre todo política y, por tanto, militarmente.

Volviendo a Indonesia, en la cumbre de Singapur su ministro de Defensa, Prabowo Subianto, sorprendió en parte a todos con el tema de Ucrania. «*Propongo*», dijo en su discurso, «*que firmemos un documento conjunto pidiendo el fin de las hostilidades*», y esboza una propuesta de paz, «al estilo coreano», como en la época de la guerra de Corea en 1950, a saber: «*Primero: alto el fuego. Segundo: establecimiento de una zona desmilitarizada de 15 km en ambos lados. Tercero: despliegue de fuerzas de paz de la ONU. Cuarto: referéndum en los territorios en disputa para que decidan de qué lado están*» (4). El rechazo inmediato a tal idea por parte de Ucrania y la Unión Europea se daba por descontado, mientras que Estados Unidos no se pronunciaba claramente, al tener interés en mantener una posición «dialogante» en ese foro, especialmente con China, que, por supuesto, no podía sino animar a los demandados a considerar no sólo la suya, sino también la propuesta indonesia. El hecho es que está aumentando la presión de muchos países *no occidentales pero influyentes*, no sólo sobre Ucrania y Rusia para que se acerquen a una negociación, sino especialmente sobre Estados Unidos y la Unión Europea. ¿Por qué?

Hay muchas zonas de guerra en el mundo, en África, en Oriente Medio,

ahora también en Europa, mientras aumentan las tensiones en el Pacífico debido a iniciativas tanto estadounidenses como chinas; y los presupuestos estatales dedicados al armamento aumentan con vistas a una implicación más directa en guerras locales o en futuras guerras mundiales. Por enésima vez, se vislumbra un enfrentamiento entre Occidente y Oriente, pero esta vez con la entrada de muchos más actores del llamado «tercer mundo». Los actores principales ya no son sólo Estados Unidos y Rusia, como en los cuarenta años que siguieron al final de la Segunda Guerra Imperialista Mundial; se ha añadido China, y en las alas del teatro mundial vemos a Brasil, India, Indonesia, Corea del Sur, Turquía, Arabia Saudí, Irán, y a los siempre presentes Reino Unido, Alemania y Francia, cada uno con sus propios intereses que negociar de cara a próximas alianzas bélicas decisivas.

Hablan de paz, pero se preparan para la guerra.

Estados Unidos, el Reino Unido y la propia Unión Europea, que apoyan a ultranza la guerra de Ucrania contra Rusia - con miles de millones de dólares, y cantidades de armamento jamás reunidas en un solo año, para una guerra en la que no están directamente implicados - nunca han propuesto un «plan de paz» propio, mientras que vuelven a proponer continuamente planes de guerra cada mes. ¿Por qué esta guerra en particular entre dos Estados que están en conflicto por cuestiones esencialmente territoriales y que ya habían llegado dos veces a un compromiso formal - con los acuerdos de Minsk de 2014 y 2015 - una vez desencadenada involucra inmediatamente a todas las grandes potencias del mundo?

La secuencia de crisis económicas y financieras, que se ha desarrollado desde la década de 1990 y que tiende a exacerbar cada vez más los contrastes interimperialistas, es un hecho incontrovertible. Y los contrastes interimperialistas desarrollan inevitablemente factores de crisis aún más poderosos que los convierten en factores potenciales de guerra general.

La guerra en Ucrania, más que la guerra en Yugoslavia en 1992-99, tiene implicaciones globales. Yugoslavia se estaba desmoronando a principios de la década de 1990, y las potencias imperialistas de Europa, Estados Unidos y Rusia, aunque implicadas en la influencia política y militar, nunca llegaron a enfrentarse como lo hacen hoy en Ucrania. Para los euroamericanos se trataba de apoderarse de la mayor parte de la antigua Yugoslavia (Eslovenia, Croacia, Bosnia, Montenegro, Kosovo); para los rusos se trataba de mantener una sólida influencia y alianza con Serbia; y mientras Eslovenia y Cro-

(sigue en pág. 10)

SOBRE LA GUERRA ruso-ucraniana

(viene de la pág. 9)

acia conseguían resolver sus intereses territoriales con la ayuda directa de Alemania, los mayores horrores de la guerra se concentraron en Bosnia-Herzegovina y Kosovo. La guerra tuvo aspectos globales porque los imperialismos occidentales (a través de la OTAN) se implicaron en la derrota de Serbia, que no pensaba renunciar a sus ambiciones territoriales, apoyada por Rusia, a pesar de un enemigo poderoso como la OTAN. El bombardeo de Belgrado, en el que participó activamente Italia (gobernada por el ex miembro del Partido Comunista Italiano D'Alma, mientras que el vicepresidente era el muy católico Mattarella), con el pretexto de detener la «limpieza étnica» en Kosovo, prácticamente puso fin a la guerra. Pero el resultado final de una guerra, que comenzó dentro de un país y rápidamente continuó como una guerra internacional dictada por los principales imperialismos existentes, no fue la paz: Bosnia y Kosovo continuaron y continuaban siendo un hervidero de conflictos y enfrentamientos políticos y armados. Este es el legado de la guerra imperialista.

Y es un legado que también podría afectar a Ucrania, una vez alcanzado el autodenominado «fin de la guerra».

A diferencia de la antigua Yugoslavia, donde se mezclaban diferentes etnias y nacionalismos, en Ucrania sólo hay dos nacionalidades fuertes y presentes, la ucraniana y la rusa (aunque ambas derivan históricamente del mismo tronco), pero la población es toda «ucraniana». Un poco como la población coreana que, al final de una guerra nacional, en la que Estados Unidos y Rusia intervinieron en apoyo de los dos bandos enfrentados, y que en realidad no ganó ninguno de los dos, se encontró dividida en un Norte y un Sur que sólo existen en función de los intereses extracoreanos representados principalmente por Estados Unidos, Rusia en su momento, y China en la actualidad, potencias que intentan dividir el mundo.

La guerra ucraniana, cuanto más se prolongue, más podría desarrollarse en una situación similar a la coreana. Las dos grandes potencias imperialistas implicadas, EEUU y Rusia, son dos potencias nucleares. La guerra entre ellas podría ser, por primera vez en la historia, y dada la evolución de las llamadas armas nucleares «tácticas», una guerra atómica en la que las «razones de mercado» que suelen guiar los intereses de cualquier imperialismo, saltarían por los aires, descontrolando cada movimiento de un bloque y cada contramovimiento del bloque contrario. Ni el imperialis-

mo ruso ni el estadounidense están realmente preparados para este «futuro», por lo que, en lo que respecta a cada uno de ellos -teniendo en cuenta también la entrada de una «tercera rueda», China-, esa guerra no está en el orden del día. De hecho, la Tercera Guerra Mundial ni siquiera está en la agenda, todavía, aunque se está acercando mucho más que en 1950 (Guerra de Corea), 1962 (crisis de los misiles rusos en Cuba), 1975 (crisis económica mundial) o 2008 (crisis financiera mundial).

En Ucrania, contra las tropas rusas, los imperialistas occidentales han encargado al gobierno de Zelensky que *haga la guerra* también en nombre de Estados Unidos y de la Unión Europea. Así, se ensaya todo tipo de armamento, manteniendo su suministro dentro de ciertos límites para no incitar a Rusia a elevar el nivel de la confrontación hasta la amenaza del uso de armas nucleares tácticas; se ensayan nuevos misiles, nuevos drones, nuevos cañones anti-aéreos, nuevas operaciones militares en un terreno que ya no es el clásico campo de entrenamiento, sino de guerra real.

¿Quién sale perjudicado? Los proletarios rusos y los proletarios ucranianos y, por supuesto, la población civil ucraniana que está siendo bombardeada todo el tiempo.

¿A quién beneficia esto? El enfrentamiento militar ruso-ucraniano oculta intereses estratégicos de gran importancia tanto para el imperialismo ruso como para el euroamericano. Ucrania es un territorio económicamente importante, tanto desde el punto de vista industrial como agrícola; y representa una zona crucial en la bisagra que divide el Oeste europeo del Este europeo y asiático. Esta bisagra, en total, representa una frontera de 5.019 km, de ellos 959 pertenecen a Bielorrusia (hoy todavía un estrecho aliado de Moscú), mientras que 409 están representados por Crimea y las regiones de Donetsk y Lugansk, actualmente bajo ocupación rusa. En los 3.651 km de frontera restantes la OTAN ha posicionado sus baterías de misiles, o está a punto de hacerlo (Finlandia) y le gustaría hacerlo en Ucrania. Obviamente a Rusia no le gusta esta atención....

En 1962, cuando los rusos llevaron sus misiles balísticos a Cuba, los estadounidenses amenazaron con una guerra atómica. A ninguno de los dos les importaba ir a la guerra; la maniobra rusa parecía sobre todo una reacción a la instalación de bases de misiles estadounidenses en Italia y Turquía, es decir, muy cerca de las fronteras de la URSS, y al intento estadounidense en 1961 de invadir Cuba (asunto de Bahía de Cochinos); además, la advertencia era: podemos llegar a 90 millas de vuestra costa sur y desde allí golpearos en vuestro

territorio hasta la Casa Blanca

El asunto terminó con un acuerdo alcanzado a los pocos días: la retirada de los misiles rusos de Cuba fue correspondida con la retirada de los misiles estadounidenses de Turquía e Italia, y los estadounidenses prometieron no volver a invadir la isla de Cuba. Cuba no ha sido invadida, así que... ¿promesa cumplida? Invadida no, pero sí sometida a un embargo asfixiante que ha matado de hambre a la población cubana durante décadas. ¿Se han retirado los misiles Júpiter con cabezas nucleares de Turquía e Italia? Sí, para ser sustituidos por bases aéreas y aviones equipados para transportar bombas atómicas y, con el tiempo, reemplazados por misiles más modernos como el Polar y toda una serie de misiles de crucero, intercontinentales y con múltiples cabezas nucleares. La evolución del armamento es mucho más rápida que cualquier otra innovación técnica «civil» e instiga al incumplimiento de los acuerdos de «paz».

¡Los proletarios no tienen patria!

Siempre lo hemos repetido y siempre lo gritaremos cada vez que se plantee la guerra burguesa de competencia y la guerra librada con el único fin de la dominación capitalista del mundo para doblegar a los proletarios de todos los países a los intereses de los capitalismo nacionales.

Los proletarios, precisamente porque nacen, viven y mueren en la misma condición de asalariados, representan una clase internacional. Es el propio capitalismo el que les impulsa a ser «internacionalistas», precisamente porque su condición de trabajadores explotados para el beneficio capitalista les une bajo todos los cielos, dentro de todas las fronteras, sin importar su edad, su sexo, su nacionalidad.

Pero los proletarios, precisamente porque son explotados de esta manera y organizados para ser explotados cada vez más eficazmente, deben descubrir por sí mismos que pertenecen a una clase potencialmente internacional, pero guiada, influenciada, organizada por cada burguesía en beneficio exclusivo del capitalismo nacional. Los proletarios sólo descubren su vocación internacionalista y clasista a través de la lucha que se ven obligados a librar contra los capitalistas, contra la burguesía que se revela siempre, en cada contraste social, como una clase que domina, que oprime, que reprime para mantener su dominación gracias a la cual puede seguir -generación burguesa tras generación burguesa- explotando el trabajo asalariado, por tanto a los trabajadores, para aumentar sus beneficios extorsionando una cantidad cada vez mayor de plusvalía del trabajo asalariado.

La burguesía de todos los países,

principalmente a través de la democracia, pero sin desdeñar hacerlo a través del autoritarismo y la dictadura abierta, para impedir que la lucha proletaria -inevitable bajo el capitalismo- se desborde del campo estrictamente económico, empresarial y nacional al político general, ha adoptado un sistema muy simple, pero muy eficaz: poner a los proletarios a competir entre sí, como hace con las mercancías que lleva al mercado. Por otra parte, el trabajo asalariado es en realidad una mercancía, una mercancía particular, pero una mercancía que se puede comprar y vender y, si ya no se necesita, tirar o destruir.

Los periodos de crisis, que desembocan en enfrentamientos bélicos -sociales, en el caso de las duras luchas obreras, armados en el caso de las guerras libradas contra naciones enemigas- demuestran claramente que la burguesía no puede evitar sus crisis, sino que aprovecha las crisis para explotar aún más al proletariado, ya sea haciendo recaer el mayor peso de las crisis sobre sus condiciones de existencia, ya sea convirtiéndolo -si es necesario- en carne de cañón.

Este drama, en los doscientos años de historia burguesa, se ha producido siempre, en todas las situaciones de crisis, pero la burguesía hace todo lo posible por hacerlo pasar por un acontecimiento excepcional, que puede detenerse o evitarse a condición de una colaboración de clases cada vez más estrecha, es decir, a condición de que el proletariado renuncie a sus intereses de clase específicos y asuma la defensa de los intereses generales, nacionales, colectivos, que conciernen a todas las clases, a todas las capas sociales, en definitiva, al famoso *pueblo*, a la siempre cacareada *nación*.

El teatro de guerra ucraniano no se diferencia en nada de todos los teatros de guerra a los que las burguesías lanzan a sus proletarios a masacrarse mutuamente, para defender el llamado interés nacional, la soberanía nacional, la independencia nacional, la economía nacional. Un teatro en el que la crisis capitalista y burguesa se escenifica en varios actos: la preparación para el choque bélico, la guerra y la obligación de participar en ella, la masacre y la enorme destrucción de las fuerzas productivas, la negociación para el fin de la guerra o la rendición, la reconstrucción de posguerra. En todos los actos de este drama, la burguesía debe contar con la participación, convencida o no, de las masas proletarias en el esfuerzo bélico, tanto en la retaguardia como en los frentes; y confía -utilizando la represión sin escrúpulos- en la resistencia de su ejército mientras dure la guerra, prometiendo que la «victoria» beneficiará a todos, por tanto también a las masas proletarias.

Nunca ha ocurrido ni ocurrirá, ni siquiera en los países que salgan victoriosos de la guerra, que los proletarios sean menos explotados, que trabajen menos y ganen más, que puedan construirse un futuro en paz para ellos y sus familias, y que la prosperidad y no la miseria sea el resultado de la colaboración de clases, del esfuerzo bélico, de las masacres y privaciones que ha provocado.

Los proletarios, si miran hacia atrás, y si dejan que las generaciones mayores les cuenten cómo fueron las cosas, no dejarán de ver que sus vidas penden constantemente de un hilo que puede cortarse en cualquier momento. Es muy posible que no sea el patrón o el gobierno quien corte ese hilo, sumiendo al proletariado en el paro y la desesperación, sino que sea la consecuencia de una crisis económica por la que las empresas cierran, el mercado ya no absorbe la producción hiperexpansiva impulsada por el anterior periodo de expansión, los salarios se reducen drásticamente y los asalariados ya no pueden vender la única mercancía que poseen, la fuerza de trabajo.

Pero la crisis económica está determinada por el modo de producción capitalista, por el hecho de que toda producción es producción de mercancías, y que cada producto debe venderse a un precio que contenga la tasa media de ganancia, de lo contrario el capital no cierra su ciclo de valorización, y por el hecho de que el objetivo de la producción capitalista no es la satisfacción de las necesidades de la vida social humana, sino de las necesidades del mercado, por tanto del capital, y que esta producción responde a las leyes de la competencia capitalista y del sistema económico organizado por empresas que a su vez compiten entre sí en el mercado, teniendo en cuenta la búsqueda de su propio beneficio y no las necesidades de la vida humana. Todo esto ocurre en el ambiente distorsionado del beneficio capitalista. Para él no existen los seres humanos que viven socialmente, comen, se visten, se dedican a conocer el mundo y la vida, sabiendo que unas horas al día de trabajo organizado y planificado, en el que todos participan, sería suficiente para que todo el género humano viviese bien; para él sólo existen consumidores, compradores y vendedores. Pero la mercancía fuerza de trabajo los trabajadores sólo pueden venderla a los capitalistas; si la venden consiguen un salario que es el único medio en esta sociedad para que el proletario, el que no tiene nada, sobreviva, sea vendedor y consumidor. Pero si no pueden venderlo, porque los capitalistas no lo compran por todo tipo de razones, los proletarios se mueren de hambre.

Esta es la sociedad burguesa, la sociedad que promete prosperidad para todos, pero sólo mantiene la prosperi-

dad para una minoría, la minoría burguesa que acumula toda la riqueza producida por el trabajo humano y se apodera de toda la riqueza de la naturaleza, explotándola como explota la fuerza de trabajo humano: hasta la extenuación.

¿Es por esta sociedad por la que los proletarios quieren luchar? ¿Es por esta sociedad por la que son masacrados tanto en el trabajo como en la guerra?

¿Qué están llamados a defender los proletarios ucranianos contra los proletarios rusos? ¿Y qué son los proletarios rusos contra los proletarios ucranianos?

¿Soberanía nacional? ¿La patria? ¿Los valores de la burguesía que los oprime, los explota, los lleva a masacrarse en guerras con el único fin de reforzar su propio poder y dominación sobre el territorio y el proletariado que lo habita?

Los proletarios, si no quieren verse reducidos a instrumentos de su propia opresión, de su propia explotación, y si no quieren ser masacrados en la paz y en la guerra, deben recuperar la confianza en sus propias fuerzas de clase, deben dirigir su lucha individual por la supervivencia hacia objetivos que la burguesía, incluso la burguesía más rica, democrática y religiosa, nunca podrá satisfacer: el objetivo de acabar con toda opresión, con toda explotación, con toda guerra. ¿Una meta lejana? Sí, ciertamente, muy lejana, pero la única por la que la lucha del proletariado tiene sentido, tiene una finalidad histórica; la única que el proletariado puede realmente alcanzar a condición de cortar los cordones y las ataduras que lo sujetan al destino del capital y de la burguesía.

El hilo del que pende la vida proletaria está en manos de la burguesía capitalista, que no tiene escrúpulos en cortarlo para proteger y salvar su dominación económica y política. En cambio, el hilo que debe unir y volverá a unir al proletariado de hoy y de mañana es el hilo histórico que lo une a las luchas del pasado, a sus revoluciones y a su doctrina de clase: es el *hilo del tiempo*, que nosotros, pequeño y compacto grupo, tenazmente ligado a esas luchas, a esas revoluciones y a esa doctrina, seguimos dando vida en nuestra actividad cotidiana, en la perspectiva confiada de un proletariado que volverá a pisar el terreno de la lucha de clases, de una lucha que hará del antagonismo de clase entre la burguesía y el proletariado el eje en torno al cual se decidirá la suerte de la lucha histórica e internacional, que conducirá a la emancipación del proletariado y a la sociedad sin clases, a la sociedad de especies, en una palabra, al comunismo.

La guerra que se libra en Ucrania debe enseñarnos que las clases burguesas -como afirma el *Manifiesto Comunista* de Marx-Engels- siempre están en

(sigue en pág. 12)

SOBRE LA GUERRA ruso-ucraniana

(viene de la pág. 11)

guerra entre sí, porque son adversarias en la lucha de la competencia en los mercados y en el choque de Estados; y siempre están en guerra contra el proletariado, su propio proletariado nacional y el proletariado de otros países, tanto para mantener y fortalecer su propia dominación de clase dentro de su propia nación, como para someter, y explotar, al proletariado de otras naciones.

Hoy en día, nadie es capaz de predecir cómo acabará esta guerra, quién será el vencedor, o si habrá un «vencedor».

Es probable que, arrastrándose en el tiempo, esta guerra conduzca inicialmente a una «solución coreana», que no es una solución porque las dos partes seguirán enfrentadas en todos los sentidos, tanto económica, política como militarmente, y siempre será una mecha a punto de prender. En efecto, es muy difícil que Rusia renuncie a Crimea y a la franja del Donbass que la une a su territorio. Por otra parte, no es probable que Estados Unidos y la Unión Europea envíen tropas propias para librar la guerra contra Rusia junto con las tropas ucranianas, aunque, según un reciente informe del *New York Times*, hay algunas docenas de tropas estadounidenses, británicas y francesas en el teatro de guerra ucraniano, y hay combatientes polacos, naturalmente «voluntarios». Ucrania está destinada a ser la esquirola entre las dos naves de acero; y el proletariado ucraniano seguirá siendo carne de cañón para las potencias occidentales, del mismo modo que el proletariado ruso seguirá siendo carne de cañón para la clase dominante rusa. Por otra parte, también interesa a China, al igual que a Estados Unidos, mantener bajo control la escalada de la guerra ruso-ucraniana para que no se desborde hacia el choque entre las superpotencias.

La cuestión de las alianzas actuales y futuras no está en absoluto resuelta. Actualmente, Estados Unidos está consiguiendo doblegar una vez más a Europa a sus intereses estratégicos (a través de la OTAN y los miles de millones de dólares invertidos en la «defensa» de Europa frente a posibles ataques del Este). China, por su parte, no ha doblegado a Rusia a sus intereses estratégicos, cada vez más centrados en el Pacífico. Es de gran importancia que Rusia y China estén unidas por un cierto tipo de *amistad basada en el interés mutuo* de no mantener un frente descubierto -Asia Oriental para Rusia, Asia Occidental para China- cuando otros frentes están abiertos y absorben la mayor parte de las preocupaciones de ambas potencias. El hecho, pues, de que las tres, Estados Unidos, Rusia y China, sean Estados Unidos y potencias nucleares no es poca

cosa; les impide, al menos aún hoy, pasar de las amenazas «nucleares» a los hechos. Aunque Estados Unidos se encuentra geográficamente entre el Atlántico y el Pacífico, por tanto entre Europa Occidental y China (ayer el adversario era Japón), también está más expuesto en el frente del Pacífico que en el Atlántico. Por ello, al igual que China, le resulta vital posicionarse de forma importante en ese frente. En cuanto a Europa Occidental, Estados Unidos ha tenido mucho tiempo para extender su red de relaciones políticas, económicas y financieras, y su participación en las dos guerras imperialistas mundiales en el frente antialemán les ha facilitado, utilizando su extraordinario poder económico y haciendo la guerra en un continente que no es el suyo, «conquistar Europa Occidental» y dominar posteriormente a los países estratégicamente más importantes, Alemania, Francia, Italia, compartiendo el control de toda Europa con Rusia en el Este durante unos buenos cuarenta años.

Pero, en un futuro quizá no muy lejano, no puede descartarse que Alemania vuelva, en algún momento, a reclamar un papel en Europa y en el mundo no sólo económico, sino también político y militar (y éste es el principal temor de los angloamericanos) y, por tanto, ponga en cuestión el actual papel hegemónico de Estados Unidos en Europa, lo que objetivamente reforzaría la posición de Rusia y, en consecuencia, también la de China.

En las décadas que siguieron al final de la Segunda Guerra Imperialista, Estados Unidos había arrebatado el control del mundo al Reino Unido; su flota y su aviación podían llegar a cualquier parte del globo en un abrir y cerrar de ojos. Pero en las décadas siguientes, especialmente tras la gran crisis mundial de 1975, otras potencias crecieron y, si por un lado constituían mercados cada vez más importantes para las mercancías y capitales estadounidenses, al mismo tiempo eran competidores cada vez más agresivos y ambiciosos. Al declive del Reino Unido siguió el de Rusia, que, con el colapso de la URSS a principios de la década de 1990, puso en entredicho todo el orden mundial surgido de la Segunda Guerra Mundial. Y generó al mismo tiempo los factores que pondrían en tela de juicio la propia hegemonía estadounidense sobre el mundo.

En cierto sentido, la invasión militar rusa de Ucrania, aunque sin duda respondía a una necesidad estratégica de Rusia, que históricamente busca no tener cerradas todas las puertas del Mediterráneo, obligó a Estados Unidos a expresar su disposición a aceptar la operación rusa como una guerra local o a considerarla un ataque del orden que Estados Unidos también estaba completando en Europa del Este a través de la OTAN. En Irak, Siria, Libia, Yugoslavia,

Estados Unidos intervino directamente para contrarrestar la red de influencia que Rusia estaba extendiendo. En Ucrania no, prefirieron que los ucranianos dirigidos por Zelensky se «defendieran» con sus propias fuerzas y con las armas que los países de la OTAN les proporcionarían en abundancia. La matanza ucraniana no debería haber aparecido como una matanza llevada a cabo explícitamente bajo el mando estadounidense; debería haber sido y haber aparecido como una matanza sufrida por los ucranianos que, en este caso, proporcionaron al orden euroamericano un ejército a gran escala, salvando la cara de los europeos y estadounidenses democráticos, y culpando de toda esa sangre al único y exclusivo ‘criminal’, Putin.

Esta guerra ha afectado objetivamente a los proletarios europeos mucho más de lo que parece, aunque no haya implicado el envío de soldados. El suministro de armas de todo tipo, que continúa este año, es una implicación real de la UE y EEUU en la guerra de Ucrania. La implicación proletaria tiene lugar no en el envío «colonial» como era el caso, sino en el apoyo -solicitado e impuesto- a la empresa bélica de los gobiernos; apoyo que se implementa a través de la aceptación de la guerra de «defensa» por parte de Ucrania y la «ofensa» contra Rusia (ofensa implementada hasta ahora con una interminable serie de sanciones económicas que también han tenido repercusiones negativas en los países europeos, en términos de un aumento instantáneo de los precios de la energía que ha provocado un aumento de los precios de los alimentos, los productos farmacéuticos, etc.), pero también en términos de la pérdida de exportaciones y, por tanto, de dificultades reales para las empresas exportadoras con consecuencias para sus empleados, etc., y de aumento de la inflación; de ahí el apoyo a una política belicista por parte de sus propios gobiernos, en la perspectiva de una política bélica que afectará directamente a todos los países europeos.

Como todo el mundo sabe, cada semana, desde la ventana de San Pedro, el Papa no deja de hacer un llamamiento a rezar por Ucrania y por el fin de la guerra, sabiendo perfectamente que la guerra no es un acto de voluntad de un Putin, de un Zelensky o de un Biden. Dirige su sentido llamamiento a los grandes de la tierra y a todos los hombres de «buena voluntad», sabiendo que desempeña un papel muy importante en la función tanto de esperanza como de consuelo hacia, sobre todo, esa parte del «pueblo amado» -que es la mayoría- que solo vive de salarios y en la miseria y que, en determinadas circunstancias, podría protagonizar una violenta reacción social contra las condiciones de existencia y de muerte en las que se ha visto sumido. ¿Esperanza, en qué? En el

hecho de que los grandes de la tierra (entre los que el Papa habla de igual a igual) comprendan que la violencia de la guerra, a partir de cierto nivel, ya no es controlable y podría incitar a las masas a rebelarse con la misma violencia contra el orden establecido; un orden del que la Iglesia es un pilar de preservación. Consolación, ¿con qué fin? Con el fin de frenar las reacciones violentas a la violencia de la guerra, para hacer que las masas renuncien a la única lucha que puede detener la guerra burguesa, la lucha de clases, la lucha del proletariado contra el sistema social existente y, por tanto, contra la clase burguesa dominante de la que la propia organización de la Iglesia de Roma forma parte. Como toda iglesia, la Iglesia de Roma moviliza sus «tropas», sus «propagandistas», sus «mensajeros», sus «generales» con el objetivo de defender aquellos «valores de la civilización occidental» en los que se reconoce plenamente: los valores del capitalismo, de la propiedad privada y del trabajo asalariado, por tanto de la explotación y de la opresión, con la particularidad de funcionar como mitigadora del sufrimiento humano que esa explotación y esa opresión generan. La Iglesia de Roma ya no tiene ejércitos propios como en la época de los Estados Pontificios, pero con el desarrollo del capitalismo ha conseguido labrarse un papel no sólo como multinacional de servicios religiosos y sociales, sino como pilar de la preservación social como fuerza reaccionaria de primera magnitud con capacidad, sin embargo, para cambiar de rostro según la situación: de la propaganda de la «paz» y el «desarme» a la bendición de las tropas que parten a la guerra

Aparte de las quejas de los pacifistas de siempre o del Papa de siempre que nos invita todos los días a rezar por la «amada Ucrania» -como si ésa fuera la única guerra por la que merece la pena rezar-, están los «anti armamentistas» que exigen que los miles de millones que se gastan en armas que se enviarán a Ucrania se destinen en cambio a reforzar las medidas sociales para combatir la pobreza, el desempleo, etc. En realidad, la industria armamentística forma parte de la economía nacional como cualquier otra industria y, en estos momentos, es la que más tira. Por otra parte, los miles de millones invertidos en estos suministros son miles de millones que, a su vez, exigen que se les dé un buen uso, tarde o temprano, tanto en términos de limitaciones políticas, como en términos de reconstrucción de posguerra para la que todos los gobiernos occidentales han hecho todo lo posible elaborando diversos planes, preparando los inevitables pagarés con los que doblegarán a Ucrania, y a sus proletarios, a pagar.

El interés común que tienen los proletarios ucranianos y rusos es no ser

masacrados por una guerra que no es ni será nunca suya. Y es el interés de todos los proletarios del mundo. La burguesía hace la guerra porque las leyes económicas capitalistas le ofrecen esta «salida» a las crisis económicas y políticas que surgen en el desarrollo de cada país. La sed de poder y dominación viene después y depende de las relaciones de fuerza reales entre los distintos países. Pero hay una relación de fuerzas que afecta a cualquier país, incluso al más débil económicamente, y es la relación entre la burguesía y el proletariado de cada nación.

En el capitalismo es inevitable que el poder dominante sea el de la burguesía. Para derrocar este poder dominante, hay que derrocar a la clase burguesa dominante; no hay alternativa. Y sólo hay una clase social que tiene la fuerza potencial para derrotar al poder burgués, y es el proletariado. Pero las condiciones para que el proletariado sea realmente una clase, para que se reconozca como clase antagónica a la burguesía -del mismo modo que la burguesía se reconoce perfectamente como clase antagónica al proletariado y lo demuestra cada día- se refieren a dos niveles de confrontación, uno inmediato y económico, otro político más general. Como nos enseña la historia, la lucha entre las clases continúa aunque el proletariado no luche físicamente contra la burguesía; simplemente porque es la burguesía la que lucha constantemente contra el proletariado, contra sus intereses y contra su impulso a responder con su lucha. Y lo hace de mil maneras diferentes, gracias en parte al trabajo capilar de las fuerzas oportunistas de conservación que dirigen a los proletarios al terreno de la conciliación, la colaboración y la paz social en lugar del enfrentamiento.

La ruptura de la paz social como ocurrió en 1953 en Alemania del Este y en Berlín, cuando los proletarios se sublevaron contra las condiciones intolerables en las que los poderes burgueses de la época -vestidos, además, de «socialistas»- los habían sumido, es la señal inequívoca de que la lucha de clases resurge cada vez que la crisis social empuja a las masas proletarias a luchar no por la «libertad», no por la «soberanía nacional», no por la «patria», sino contra el régimen salarial, por lo tanto contra el capitalismo presente y dominante en todos los países, ya sean democráticos, autoritarios, dictatoriales o falsamente «comunistas» como lo fue la URSS en su tiempo y como lo sigue siendo China en la actualidad.

La lucha proletaria no se organiza sentados en una mesa, ni en las salas de conspiración. Surge de las condiciones materiales en las que los proletarios se ven obligados a vivir y morir. Y encontrará sus propias formas de organizarse, diferentes de las actuales porque tendrá que deshacerse de los criterios or-

ganizativos del oportunismo colaboracionista.

Notas:

1. Cf. https://www.agi.it/estero/news/2023-05-08/ucraina_clinton_usa_sabia_atacar_putin-21283446/

2. Véase <https://borsafinanza.it/BRICS-cos-e-gruppo-chi-sono-paeside-renti/>, 25.04.2023.

3. Véase <https://www.nigrizia.it/notizia/il-sudafrica-annuncia-una-missione-di-pace-africana-in-russia-e-ucraina>

4. Véase <https://eastwest.eu/it/singapore-intenso-e-frontale-lo-shangri-la-dialogue/>

Elementos de orientación marxista

(Textos del partido N° 10, Junio de 2023, A5, 24 páginas, 2 €)

Sumario

Introducción

Elementos de orientación marxista:

€El marxismo no es un problema de opiniones

€¿En qué sentido los marxistas se vinculan a una tradición histórica?

€Incardinación del método dialéctico marxista

€El enfrentamiento entre las fuerzas productivas y las formas sociales

€Clase, lucha de clase, partido

€Conformismo, reformismo, anti-formismo

€Interpretación de los caracteres de la fase histórica contemporánea; criterio dialéctico de valoración de las instituciones y de las soluciones sociales pasadas y presentes

€La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo económico: mercantilismo

€La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo social: la familia

€La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo político: monarquía y república

€La valoración dialéctica de las formas históricas. Ejemplo ideológico: la religión cristiana

€El ciclo capitalista: fase revolucionaria

€El ciclo capitalista: fase evolucionista y democrática

€El ciclo capitalista: fase imperialista y fascista

€La estrategia proletaria en la fase de la revolución burguesa

€Tendencias del movimiento socialista en la fase democrático-pacifista

€Táctica proletaria en la fase del capitalismo imperialista y del fascismo

€La revolución rusa, errores y desviaciones de la Tercera Internacional, involución del régimen proletario ruso

€Impostación actual del problema de la estrategia proletaria. Denuncia histórica definitiva de cualquier simpatía por las reivindicaciones democrático-liberales. Solución negativa a la tesis del apoyo a las fuerzas que conducen al capitalismo a desarrollar su modernísima fase monopolística en economía y fascista en política.

Sobre la guerra en Ucrania

Internacionalismo proletario y derrotismo revolucionario en la tradición marxista

Mientras escribimos esto, la guerra en Ucrania se intensifica. La guerra contraofensiva ucraniana, anunciada a bombo y platillo por la propaganda occidental durante meses (después de haberse enfrentado con tanta confianza a un ataque ruso que nunca llegó), se está agotando en un combate mortal. Los países de la OTAN, deseosos de continuar la guerra hasta el último ucraniano, siguen aumentando sus entregas de armas. Las últimas son las «bombas de racimo» suministradas por Estados Unidos a pesar de que el tratado de la ONU las prohíbe por la devastación que causan a la población civil incluso años después del fin del conflicto, como sigue demostrando hoy Camboya. Es cierto que ni Estados Unidos, ni Rusia, ni Ucrania han firmado este tratado; en su lugar, los países firmantes pertenecientes a la OTAN lo permiten: una prueba más de que estos tratados son sólo trozos de papel.

La guerra tiene consecuencias desastrosas para el proletariado, ya sea en el frente, donde es convertido en carne de cañón, o en la retaguardia, donde sigue siendo carne de explotación, pero en mayor medida, o en la emigración forzada. También tiene consecuencias internacionales, agravando los factores de crisis que la burguesía siempre hace pagar al proletariado. Respecto a la situación de los proletarios en los dos frentes, episodios como la tragicomedia de la «rebelión» de la milicia de Wagner y su pseudomarcha sobre Moscú no cuentan: no es de las disensiones internas de las clases dominantes y sus secueces, de donde puede venir la salvación del proletariado, sino sólo de la reactivación de sus tradiciones de lucha de clases.

Cada vez que la historia enfrenta a los Estados imperialistas en guerras forzosamente bárbaras, forzosamente sangrientas, forzosamente injustas, toda la panoplia política del oportunismo (1) se alborota ante el desastre humano que representan y se dispersa en todas las direcciones políticas, desde los llamamientos a la paz o a la moderación de los beligerantes, hasta el apoyo a la guerra de uno u otro bando marcado por el sello de la virtud democrática que defiende los derechos humanos o a la víctima inocente obli-

gada a la guerra. Todas estas variaciones político-musicales sobre el mismo tema, en la misma octava, se enlazan entre sí y a coro en la defensa del bando de su nación, de su Estado, de su capitalismo. De este modo, el oportunismo confirma que actúa como representante de la dominación burguesa sobre el proletariado, como representante de la explotación del proletariado por el capital. La actitud política de transformar una guerra imperialista en la que participa la burguesía para la defensa de sus propios intereses -sea una guerra directa o por delegación como en el caso de Ucrania- en una guerra «justa», merecedora del apoyo de la clase obrera para fortalecer las fuerzas del bien democrático contra las del mal autocrático, debe ser totalmente proscrita de la línea política internacionalista del proletariado.

Lo mismo ocurre con la engañosa actitud pacifista, que oculta la naturaleza profunda de la guerra, distorsiona sus verdaderas causas materiales y, de este modo, aleja a la clase obrera de sus perspectivas y deberes clasistas e internacionalistas para siempre en la historia, al unir el campo de los belicistas, votar a favor de los créditos de guerra y honrar el valor del ejército nacional.

En estas situaciones en las que los conflictos entre las potencias capitalistas abandonan el terreno de la guerra económica para deslizarse hacia el de la confrontación militar, la burguesía necesita más que nunca el alineamiento del proletariado con sus intereses nacionales, en particular para empujarlo a aceptar el control directo y los sacrificios indirectos de la guerra y a dejar de lado la lucha por la defensa de sus propias condiciones de vida de clase. Hoy, cuanto más se agrava la guerra, cuanto más arrastra a las potencias occidentales a una escalada y una espiral incontrolables, más se amplifica esta exigencia de alineamiento; será cada vez más fuerte a menos que la clase obrera salga de esta inercia de colaboración entre clases y por tanto también de su indiferencia y de su vergüenza, fingida o no, ante la guerra, o de su empatía ante el esfuerzo bélico de su burguesía justificado con las masacres de civiles, y relance una lucha de clases independiente de los intereses nacionales.

Los proletarios del llamado Occi-

dente deben recordar siempre que son sus hermanos de clase **ucranianos y rusos** las víctimas de la guerra imperialista que se libra en el campo de batalla ucraniano, y esto cualquiera que sea su percepción política de la misma, y cualquiera que sea el morbooso recuento del número de bajas civiles y militares o la comparación voyeurista entre las atrocidades del ejército ruso y las «civilizaciones» del ejército ucraniano.

Ni un céntimo, ni un arma para la guerra!, ¡rechazo del orden, insubordinación, rebelión y motín de los proletarios movilizados!, ¡fraternización de los combatientes de los dos campos, propaganda del derrotismo revolucionario! éstas son las consignas y los objetivos de lucha que resuenan en los oídos de los internacionalistas, que recuerdan las grandes luchas insurreccionales del proletariado ruso y alemán al final de la Primera Guerra Mundial y que reflejan el gran principio del internacionalismo aplicado a la cuestión de la guerra.

Este gran principio del que fluye toda la acción del proletariado es el de la transformación de la guerra imperialista en guerra revolucionaria contra la dominación burguesa, contra la sociedad capitalista, contra la sociedad de clases, contra la ceguera nacionalista y chovinista que paraliza a la clase obrera. Un principio que siempre ha guiado a los comunistas. Del Manifiesto del Partido Comunista de Karl Marx y Friedrich Engels, publicado en 1848, que proclamaba que «*Los proletarios no tienen patria*» y «*¡Que tiemblen las clases dominantes ante la idea de una revolución comunista! Los proletarios no tienen nada que perder, salvo sus cadenas. Tienen un mundo que ganar. Proletarios de todos los países, ¡uníos!*», la posición de los comunistas de la época frente a la guerra entre las naciones burguesas formadas y realizadas, que ahora se han vuelto imperialistas, entre las patrias de una y otra burguesía nacional, siempre ha sido clara: el proletariado no participa en estas guerras cualesquiera que sean las causas formales y aparentes y cualesquiera que sean los presuntos autores, ni de un lado ni del otro. Su posición, en cualquier caso, no es de espera respecto al fin de las hostilidades, ni de repliegue sobre sí mismo, sino ofensiva hacia su burguesía, su Estado y su ejército. El proletariado declara la **guerra de clases**. De un lado u otro de la trinchera, los proletarios deben desear la derrota de su campo, de su burguesía nacional, y este deseo no debe permanecer platónico, sino que debe encontrar su respuesta en la

lucha de clases contra la guerra imperialista, por la revolución internacional contra este orden mundial establecido que transforma a los proletarios de carne para el capital en carne para las armas.

Por supuesto, esta perspectiva, en una situación de debilitamiento social general del proletariado, es un objetivo que parece remoto, pero en cualquier acción inmediata contra la guerra imperialista, aunque sólo sea propagandística, desviarse aunque sólo sea un ápice de esta línea provocaría inevitablemente un deslizamiento hacia posiciones pacifistas de compromiso con la burguesía. La historia nos enseña el rigor necesario en estas cuestiones. Del mismo modo que volvemos al Manifiesto para acercarnos a los principios básicos del comunismo, debemos volver a la guerra franco-prusiana de 1870-1871 para comprender cómo se aplicaron estos principios en la cuestión de las guerras burguesas de este período y cómo se manifestaron prácticamente en la lucha política.

Alemania, en plena efervescencia revolucionaria democrática, cuna del comunismo, sus más eminentes protagonistas, Wilhelm Liebknecht y August Bebel, se enfrentaron a esta guerra que «su» burguesía consideraba tan «justa» porque Francia se oponía a la unificación de Alemania con Prusia, y tuvieron que defender como diputados al Reichstag los principios del internacionalismo comunista contra la guerra de Bismarck. Ambos pertenecían entonces al SDAP (Sozialdemokratische Arbeiterpartei, Partido Obrero Socialdemócrata), que habían fundado en 1869 en el Congreso de Eisenach, que era miembro de la AIT (Asociación Internacional de Trabajadores, conocida como Primera Internacional) y defendía programáticamente el principio fundamental del internacionalismo. En julio de 1870, de acuerdo con sus principios, se abstuvieron de votar los créditos de guerra en el Reichstag y en noviembre se rebelaron contra una nueva petición de créditos por parte de los señores de la guerra y se opusieron a la anexión de Alsacia y Lorena. Por este delito político, ambos fueron detenidos en diciembre y condenados a dos años de prisión por alta traición. En nombre de la unidad de la clase obrera de todos los países y sin entrar nunca en el juego de los argumentos burgueses alemanes o franceses sobre la justicia de la guerra, defendieron magistralmente este principio tallado en el mármol de la historia obrera: **el internacionalismo**. Pero su rectitud de

programa no resistió, desgraciadamente, las presiones del socialismo colaboracionista en Alemania. En este período histórico, el proletariado alemán asumió como partido las tareas de la organización política de su clase. Había dos partidos que reivindicaban el socialismo: la ADAV (Asociación General de Trabajadores Alemanes) bajo la influencia del reformista, oportunista y aristocrático Lassalle, así como el partido de Liebknecht, Bebel y Bracke antes mencionado, el SDAP.

Su fusión en el Congreso de Gotha de 1875, que contó con el perfecto acuerdo de Marx, se hizo sin embargo sobre la base de un programa inspirado en gran medida en el lassalleísmo, lo que provocó la ira de Marx y Engels (véase Crítica de Marx al programa de Gotha). La cólera se abatió también sobre Liebknecht y Bebel, culpables de haberse dejado imponer un programa que, al dar el primer lugar a las herejías de Lassalle, ya no tenía nada de revolucionario ni de internacionalista y se había convertido en un batiburrillo de quiméricos principios burgueses sobre la nación, reduciendo el internacionalismo a una vaga «fraternidad internacional de los pueblos» que no imponía ningún deber a los comunistas y a la clase obrera.

La crítica de Marx y Engels descansaba, pues, con todo su peso en la cuestión del internacionalismo obrero. Engels, en una carta a Bebel en 1875 (2), enfatizaba que el deber del partido era «(...) agitar contra la amenaza misma o el estallido de una guerra instigada por los gobiernos», y comportarse como se hizo de manera ejemplar en 1870 y 1871

Los dos faros del socialismo alemán habían apagado así su linterna y perdido el rumbo ¡tan claramente antes!

En esta misma carta, después de poner como primera condición para la unificación de los dos partidos el rechazo del principio lassalleano de la «ayuda estatal» para facilitar la formación de asociaciones obreras, bases de la sociedad lassalleana del socialismo pequeñoburgués, Engels pasa a la segunda condición: «En segundo lugar, el principio del internacionalismo del movimiento obrero es prácticamente rechazado de plano por el momento, y esto por personas que durante cinco años y en las condiciones más difíciles han proclamado este principio de la manera más gloriosa. Si los obreros alemanes están a la cabeza del movimiento europeo, se lo deben esencialmente a su actitud auténticamente internacionalista durante la guerra. Ningún otro proletariado habría podi-

do comportarse tan bien. Pero hoy, cuando los obreros de todas partes en el extranjero reivindican este principio con la misma energía con que los diversos gobiernos reprimen toda tentativa de organización, ¡es ahora cuando deben negarlo en Alemania! ¿Qué queda en todo esto del internacionalismo del movimiento obrero? Ni siquiera una débil perspectiva de futura cooperación de los trabajadores de Europa para su liberación; a lo sumo una futura ‘hermandad internacional de los pueblos’ -los ‘Estados Unidos de Europa’ de la ‘Liga de la Paz’ burguesa» (3).

Para Engels, la fuerza y la influencia política del comunismo como doctrina y programa en la clase obrera se forja en cuestiones tan básicas y vitales como el internacionalismo y la postura antibelicista, ambas inexorablemente ligadas. Dar un paso atrás en estas cuestiones, como pudieron hacer Liebknecht y Bebel pocos años después de su magnífica lucha contra la guerra prusiana en Francia, es abandonar el terreno de clase, abandonar toda perspectiva revolucionaria, abandonar los fundamentos del comunismo y apoyarse en última instancia en la ideología del vulgar pacifismo burgués.

Esta lección, que Lenin haría suya en su lucha contra el derrotismo revolucionario y contra el pacifismo, el nacionalismo y el chovinismo que dividían las filas de los trabajadores, es hoy más válida que nunca, pero queda por revivir en las filas del proletariado.

Agosto de 2023
Partido Comunista Internacional (El Proletario)

(1) Con *oportunismo* designamos en este artículo a todas las escuelas del reformismo burgués o asimilado. Para Francia, desde los socialdemócratas de izquierda del hemiciclo, pasando por la melancólica «ultra izquierda», hasta los parlamentarios reformados supervivientes del estalinismo, pasando por las organizaciones temáticas ecologistas, pero también por todo el arco de la «extrema-izquierda» cuyas posiciones, a menudo muy tortuosas, ocultan de alguna manera la realidad de un pacifismo contrarrevolucionario.

(2) Véase *la carta de Engels a August Bebel*, 18-28 de marzo de 1875. En *Marx & F. Engels, Obras Escogidas, en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1974, págs. 532-534*,

(3) *Idem*.

Nota de lectura: un renovado interés sobre la Fracción de izquierda del Partido Comunista de Italia (1928-1938)

En los últimos meses han aparecido, editadas en castellano, varias publicaciones referidas, directa o indirectamente, a la Izquierda Comunista de Italia.

Por un lado, el *Grupo Barbaria*, publicó (por lo que parece únicamente en formato digital) el texto *La táctica de la Komintern de 1926 a 1940* (1) una traducción del texto publicado por Ottorino Perrone (bajo el pseudónimo de Vercesi) en los números 2, 3, 4, 6 y 7 de la revista *Prometeo*, que desde 1946 hasta 1952 (año de la escisión entre el grupo de Damen y nuestro partido) era la revista teórica del Partido Comunista Internacionalista. Este texto, inédito hasta el momento en castellano, fue republicado en 1976 por las *Eidizione Sociali* de Venecia, Italia, en formato libro, con una extensa introducción ajena a nuestro partido y con artículos publicados en nuestra prensa sobre la muerte de Perrone en 1957.

Perrone fue un militante del Partido Comunista de Italia, presente ya en su fundación y durante las duras batallas que la Izquierda libró en su seno hasta llegar al Congreso de Lyon de 1926 y de la Internacional Comunista, tanto contra la reacción fascista burguesa, contra la degeneración de la IC y contra el estalinismo que acabó por expulsar a la Izquierda Comunista de Italia, primero del partido que había fundado y después de la misma Internacional.

Huido de la represión fascista, durante los años que tuvo que permanecer en el exilio, concretamente en Bélgica, desde 1928 participó en el trabajo de la Fracción en el Extranjero del PC de Italia, un reagrupamiento de decenas de militantes de la Izquierda que trataron de mantener viva la tradición teórica, política y organizativa de esta corriente. Posteriormente, al acabar la IIª Guerra Mundial, se adhirió al PC Internacionalista, participando en el trabajo de restauración del marxismo y de reconstitución del partido de clase emprendido por los compañeros que entonces se agruparon en torno al periódico *Battaglia Comunista* primero e *Il Programma Comunista* después, cuando la ruptura con la corriente de Damen, por razones que atañían tanto a problemas teóricos, tácticos, organizativos, etc., se hizo inevitable.

La táctica de la Komintern... es un texto que refleja hasta cierto punto los errores y las dificultades, teóricas y políticas, que manifestaron los miembros de la Fracción en el periodo, entre lo más duro de la fuerza ascendente de la contrarrevolución estalinista, de la liquidación de los viejos partidos comunistas que se mantenían en la línea de Marx y

Lenin, y la nueva guerra europea acechando en todo momento, en la cual era extremadamente complicado mantener una orientación general sin desviarse de los postulados centrales del marxismo, más aún mantener esta coherencia en todos los aspectos de la vida política y social en una situación histórica en la que la contrarrevolución burguesa había adoptado el disfraz del estalinismo. Era un texto con el que Perrone, junto a los demás camaradas de la Izquierda Comunista que se habían reorganizado, después de la guerra, en el Partido Comunista Internacionalista, se había comprometido a afrontar los grandes «puntos de inflexión» del proceso degenerativo de la Internacional Comunista en el período histórico que va de 1926 -el III Congreso del Partido Comunista de Italia en Lyon y el Ejecutivo Ampliado de la IC en Moscú, el año que marcó la derrota definitiva de la corriente de la Izquierda Comunista de Italia y la victoria definitiva de la desviación oportunista de la Internacional Comunista-, hasta 1940, cuando estalló la Segunda Guerra Imperialista Mundial, con un proletariado mundial absolutamente impotente para reaccionar ante la implicación nacionalista de todos los países en la guerra imperialista. Las cuestiones debatidas con gran vigor y con posiciones contrastadas en el seno de la propia fracción fueron sobre todo la cuestión rusa, la cuestión china, el «socialfascismo», los Frentes Populares, la guerra civil española, cuestiones todas ellas que enfrentaron a la fracción incluso con Trotsky, con quien a principios de los años 30 hubo un intenso intercambio de opiniones que no condujo a la por Trotsky esperada adhesión de la fracción a su IV Internacional...

Los militantes de la Izquierda Comunista de Italia se propusieron continuar la denodada defensa de los principios y la perspectiva del comunismo marxista que habían caracterizado a la corriente de Izquierda desde sus orígenes. Para llevar a cabo este compromiso, no queriendo fundar un partido comunista a nivel internacional que se opusiera a la Internacional Comunista (como, por otra parte, había argumentado claramente Amadeo Bordiga en su famosa Carta a K. Korsh de octubre de 1926), se organizaron, empezando a mantener contactos estables entre ellos, en Francia, Bélgica y Suiza. Así, en 1928, en Pantin, un suburbio de París, nació la organización que llamaron Fracción de Izquierda del PCd'I. Pusieron en el centro de sus esfuerzos tanto la defensa de las tesis y de las posiciones políticas y tácticas que habían distinguido a la corriente de izquierda del Partido Comunista de 1921 a

1926, como la defensa de las tesis de la Internacional Comunista de los dos primeros congresos, y la batalla simultánea contra las desviaciones (tesis sobre el frente único político, sobre la aceptación en la IC de partidos simpatizantes, sobre el gobierno obrero, sobre la «bolchevización» de los partidos, etc.) con las que les había enfrentado la Internacional Comunista de los dos primeros congresos, y la supuesta «construcción del movimiento socialista» (y la también supuesta 'construcción del socialismo en un solo país') se había puesto en marcha un proceso degenerativo de la Internacional Comunista y de sus partidos miembros. Se trata de un texto que trata las grandes cuestiones políticas frente a las cuales los militantes de la Izquierda Comunista que se habían organizado en torno a la Fracción creían que debían defender contra la degeneración de la Internacional Comunista y del Partido Bolchevique que se colocaba a su cabeza. Pero los términos en los que la Fracción había realizado esta defensa, no siempre fueron los correctos, es decir, no siempre guardaron una coherencia total con las posiciones mantenidas por la Izquierda, tanto en la época en que esta estuvo dentro del PC de Italia como en la posterior, cuando se organizó en torno al Partido Comunista Internacional.

Así, cuestiones como el problema nacional-colonial y la guerra, la cuestión rusa o la cuestión china, muestran en varios puntos una gran ambigüedad entre las tesis clásicas de la Izquierda y su método utilizado en la evaluación de las situaciones y las sostenidas por la Fracción como consecuencia de su particular elaboración política. Ello no quita para que en algunas elaboraciones - como la relativa a la guerra civil española - el texto de Perrone estuviera perfectamente en consonancia con la evaluación que de él hacía el propio Amadeo Bordiga.

Normal, por lo tanto, que grupos como *Barbaria* se hagan eco de un texto cuya principal característica es reflejar, todas juntas, las desviaciones que experimentó la Fracción respecto a las posiciones de la Izquierda y que, por lo tanto, permite un alto grado de ambigüedad y de indefinición, algo característico de una tradición que, por no irnos demasiado lejos, podemos remontar a la revista *Socialismo o Barbarie* o a la *Corriente Comunista Internacional*.

Existe otra iniciativa que retoma los materiales de la Fracción del PC de Italia en el extranjero. La *Editorial Hermanos Bueso* ha emprendido la labor de publicar en castellano todos los boletines de la revista *Bilan* publicados por la Fracción entre 1933 y 1938 (2). Esta editorial también publica compilaciones de artículos aparecidos en la revista, como los firmados por Melis *El problema de la guerra*, *Los problemas del periodo de transición*, etc. Esta publicación de *Bilan*, única por lo que sabemos en cualquier idioma que no sea el francés, tiene sin duda un gran valor bibliográfico,

sobre todo si se tiene en cuenta que esta publicación parece ser (hasta donde hemos podido comprobar) completamente fiel a los originales y que la editorial se ha limitado a publicar cada número en una especie de versión facsímil en la que ni añade ni quita ni comenta nada, algo raro y sin duda *honesto*. En cualquier caso, el esfuerzo por presentar al público un material de este tipo, por muchas que sean las diferencias que desde el punto de vista político ha mantenido nuestra corriente con las tesis de *Bilan*, puede arrojar algo de luz sobre el periodo y evitar que las únicas referencias sean algunas como las de la CCI, que siempre ha buscado contraponer en *lo esencial* a la Fracción con nuestra corriente y que ha hecho de la confusión y el oscurantismo su manera de lograrlo.

La proximidad de ambas iniciativas editoriales, que si bien tienen una naturaleza completamente diferente pueden tener alguna similitud, puede hacer pensar que haya algún tipo de interés, en España, por volver la vista hacia una parte de la historia de grupos de militantes que se reclamaban de la Izquierda Comunista, concretamente al periodo en que la actividad política de la Fracción todavía tenía un cierto peso en los medios comunistas, las diferencias entre las diferentes corrientes permanecían oscuras, etc. ¿Qué valor puede tener hoy en día esta aproximación a la Izquierda?

Este no es el lugar para exponer las posiciones de nuestro Partido mantiene, desde 1952, al respecto de la Fracción y remitimos a los interesados a los textos que al respecto se han publicado en nuestra prensa (4): nos interesa más, en esta ocasión, exponer nuestra visión acerca de los intentos de «redescubrir», «releer», la historia de la Izquierda Comunista de Italia desde una determinada perspectiva.

En 1952, los camaradas que se organizaron, tras escindirse del grupo que seguía a Damen, en torno al periódico *El Programa Comunista*, lo hicieron con una voluntad militante que muchos de ellos habían experimentado en las cárceles fascistas y en el exilio, pero completamente alejados de cualquier perspectiva de éxito fácil, de un reagrupamiento rápido de las fuerzas revolucionarias fuera y contra los partidos estalinistas y de una reanudación inmediata de la lucha de clases del proletariado. Lejos de esto, la tarea muy clara para el partido de ayer era la necesidad de llevar a cabo un largo trabajo de restauración de la doctrina marxista completamente distorsionada por las fuerzas contrarrevolucionarias, socialistas y estalinistas. Esta tarea pudo comenzar cuando el ciclo contrarrevolucionario que condujo a la derrota de la revolución rusa y a la Segunda Guerra Mundial Imperialista estuvo en cierto modo terminado, de modo que los principales aspectos de la situación mundial que surgieron de la crisis pudieron ser comprendidos más claramente al final de la

guerra. La misma lucha contra la falsificación de la realización del socialismo que el estalinismo quería confinar a un solo país, y la afirmación de que la URSS había seguido siendo un Estado proletario y socialista, necesitaba argumentos mucho más claros y evidentes que los utilizados en el período anterior y que sólo un largo trabajo de restauración de la doctrina marxista podía generar. La Fracción de Izquierda en el extranjero prácticamente desapareció en los albores de la Segunda Guerra Mundial: a la fuerte presión ejercida sobre ella por la burguesía y el estalinismo hasta hacer prácticamente imposible su actividad, se unió un estado de ánimo de desaliento y parálisis política debido a la incapacidad del proletariado europeo para reaccionar como clase ante la guerra imperialista. Sólo después del armisticio italiano de septiembre de 1943 algunos camaradas de la Fracción volvieron a Italia y, entrando en contacto con el Partido Comunista Internacionalista (formado por Damen y Maffi ya a finales de 1942) recuperaron la fe en la militancia revolucionaria, encontrando allí a algunos viejos camaradas de 1921. Durante casi una década, las posiciones políticas en el seno del PCI Internacionalista no se aclararon del todo y se mantuvo la confusión en muchos puntos (cuestión nacional y colonial, cuestión sindical, cuestión electoral, cuestión rusa, etc.) que son de vital importancia para el marxismo. Por eso decimos que el trabajo ampliamente realizado por la Fracción fue ante todo un trabajo de defensa de las posiciones fundamentales de la Izquierda, pero no fue -ni podía ser- una evaluación exhaustiva de la naturaleza y las consecuencias de la contrarrevolución estalinista.

Lo que la Fracción hizo desde su formación hasta su disolución, a través de la publicación de *Prometeo* y *Bilan*, fue mantener en alto la defensa de las posiciones de la Izquierda Comunista de Italia contenidas en las Tesis de Lyon, última expresión de la batalla que la Izquierda, dirigida por Bordiga, libró contra el estalinismo en el seno del PCd'I. y de la Internacional, pero el alcance de esta defensa no podía llegar a generar los elementos necesarios para desarrollar el balance dinámico de la contrarrevolución. En muchos aspectos, estas limitaciones seguían estando fuertemente presentes en los años anteriores a 1952, cuando coexistían en la misma organización la tendencia Damen y el núcleo del PCInt que debía organizarse en torno al Programa Comunista. Esto también se ve claramente en el texto *La Táctica de la Comintern*, en el que se sacan a la luz las debilidades de la Fracción y se muestra el límite máximo al que podía llegar su análisis en aquella etapa. Referirse a la Fracción, por ejemplo con la reedición de *Bilan*, o referirse al texto de Perrone mencionado, si en ambos se quiere buscar algo más que mera documentación historiográfica, es referirse a una formulación política confusa en ciertos puntos y equivocada en muchos otros. Por eso, desde el primer trabajo teórico-polí-

tico y balance de la contrarrevolución - y con mayor razón desde la formación en 1952 del Partido Comunista Internacionalista-Programa Comunista- queda clara la continuidad del enorme trabajo teórico -y consecuentemente trabajo organizativo- desarrollado desde entonces que se establece en el conjunto de posiciones de la Izquierda Comunista a partir de 1912 y expresadas con particular claridad en el cuerpo de Tesis de la Fracción Comunista Abstencionista de 1920, del PCd'I en Roma en 1922 y de la Izquierda en Lyon en 1926 (5), y no por las posiciones de la Fracción.

Siempre hemos reivindicado la gran fuerza, la gran determinación de los camaradas de la Fracción expresada en la defensa de las tesis marxistas fundamentales en el ambiente más desfavorable imaginable, pero esto no significa que -inevitablemente- la Fracción no cayera en posiciones equivocadas en ciertos puntos.

Pero lo que para los camaradas que ingresaron en nuestro partido era un error a evitar, tiempo después (el oportunismo también es invariable) fue en cambio, para algunos grupos, algo a reivindicar. En la Fracción, precisamente en sus debilidades sobre la cuestión del partido, la revolución rusa, la cuestión nacional y colonial, algunas corrientes encontraron la ambigüedad que necesitaban. Intentaron convertir algunas de las debilidades de aquella época en su piedra de toque, tratando de obtener una referencia histórica como pedigrí. Fue el caso de la escisión de *Battaglia Comunista*, enraizada en tesis próximas a las de la Fracción sobre la cuestión nacional o la guerra. Pero también ocurre hoy, con grupos como Barbaria que tienen una especial predilección por los aspectos más desastrosos de los errores de la Fracción. En este sentido puede leerse, por ejemplo, su edición de *La cuestión del Estado* (6), también de Perrone, en la que, de nuevo con la grandeza propia de los militantes que nunca se rinden a pesar de las desviaciones en las que puedan incurrir, hace un análisis de la cuestión del Estado y la dictadura del proletariado a la luz de la experiencia rusa que se aleja por completo de las tesis que la Izquierda viene defendiendo desde hace más de una década.

La falta de una perspectiva histórica completa impidió a los camaradas de la Fracción llegar a un balance completo de la contrarrevolución, y la presión ejercida por la burguesía y sus aliados estalinistas les llevó en cierto modo a buscar respuestas a los problemas candentes del momento (incluidos los del Estado y la dictadura) a través de soluciones artificiales inadecuadas desde un punto de vista marxista. Como en el caso de Perrone, buscando en una especie de codificación estatutaria la respuesta a las cuestiones planteadas por el problema del Estado en la degeneración de la revolución comunista en Rusia y la extensión de la contrarrevolución esta-

(sigue en pág. 18)

Nota de lectura

(viene de la pág. 17)

linista.

Pero, como decíamos, lo que entonces se suponía una desviación dictada por la presión del momento y rectificable (que, de hecho, se rectificó) se convierte hoy en carta blanca para grupos de este tipo, que ven como problemas cruciales, sobre los que trazar la línea que divide, no las posiciones de izquierda, sino las del marxismo, del resto de posiciones pseudorrevolucionarias, problemas a resolver apelando a los propios errores de la época.

Las tesis defendidas por Bilan o los artículos de Perrone en el periodo que va de 1926 (desde las tesis de Lyon) a 1952 (formación del Partido Comunista Internacional-Programma Comunista) fueron, precisamente por ser de esa época, pasos en falso que se rectificaron a través del trabajo colectivo y siguiendo el camino de la Izquierda Comunista de Italia, del que sólo se desviaron temporalmente. Esas mismas tesis defendidas, de cualquier modo y por cualquier corriente, se convierten hoy en un error insalvable que distingue a quienes no pueden situarse de ningún modo en la línea histórica de la izquierda porque difieren de ella en lo esencial.

NOTAS:

(1) Puede consultarse en <https://barbaria.net/2023/01/09/vercesi-la-tactica-de-la-komintern-de-1926-a-1940/>

(2) Su dirección web es <https://www.hermanosbueso.com>

(3) Para *muestra* un botón, puede consultarse su libro *La izquierda comunista de Italia* según el cual la Fracción en el Extranjero habría representado una especie de «corrección» de las tesis de la Izquierda que permitió alumbrar a la propia CCI. De esta manera buscan para sí unas «raíces históricas» al precio de confundir a cualquiera que se acerque a la cuestión a través de ellos.

(4) Ver los artículos *Eléments de l'histoire de la Fraction de Gauche à l'étranger (de 1928 à 1935)* 1 y 2, en *Programme Communiste* nº 97 y nº 98 respectivamente o nuestro folleto *El Partido comunista internacional en el surco de las batallas de clase de la Izquierda Comunista y en el tormentoso camino de la formación del partido de clase*, disponible en nuestra página web www.pcint.org

(5) Las Tesis de Roma pueden ser consultadas en castellano en *El Programa Comunista* nº 26 y en su versión completa (incluyendo la parte dedicada a la cuestión agraria) en nuestro opusculo *Tesi di Roma. Edizione integrale*, disponible en nuestro sitio web. Para las Tesis de Lyon, puede consultarse *El Programa Comunista* nº 34-35.

(6) Puede consultarse en la página web de este grupo: www.barbaria.net

Al trabajo como a la guerra

(viene de la pág. 19)

acabó aplastado en las vías del nuevo trabajo, el mejor trabajo...

Según el Observatorio de la Seguridad en el Trabajo y el Medio Ambiente de Vega Ingeniería, hasta la fecha se han producido 559 muertes en el trabajo (más de 2 al día de media), de las cuales 430 en el lugar de trabajo y 129 en el trayecto de ida y vuelta al trabajo, frente a más de 300 mil accidentes laborales. Y el mismo día en que murieron cinco trabajadores en las vías de Brandizzo, un obrero de 46 años murió en Castel di Sangro, en la zona de Aquila, electrocutado por un cable de alta tensión, y un marinero bengalí de 35 años murió en Senigallia tras sufrir quemaduras graves por una explosión a bordo de un pesquero (2).

¡Proletarios!, ¿cuántas muertes más hay que añadir a la lista para que os rebeléis contra estas mortíferas condiciones de vida y de trabajo? La «agitación», pero sólo de los trabajadores de mantenimiento de infraestructuras durante las últimas 4 horas del turno de noche entre el 31 de agosto y el 1 de septiembre que GIL-CISL-UIL junto con Orsa Ferrovie y Confasal declararon es la «respuesta» inmediata que los sindicalistas de la colaboración de clases no pudieron evitar dar dada la rabia que semejante tragedia despertó entre los trabajadores; y mientras tanto dicen estar preparando una huelga de 8 horas para el lunes 4 de septiembre a nivel nacional.

El mismo 4 de septiembre, los trabajadores de la construcción de GIL-CISL-UIL también irán a la huelga, pero sólo en la región de Piamonte, «contra esta cadena de masacres en el trabajo» que ve al sector de la construcción entre los sectores con mayor número de víctimas en el trabajo.

Por su parte, la USB, en cuanto fue informada de la tragedia, convocó inmediatamente una huelga de 24 horas. Y aunque los trenes de alta velocidad siguieron circulando con regularidad en todas las rutas, los trenes de la línea convencional Turín-Milán reanudaron su funcionamiento regular a partir de las 18.00 horas del 31 de agosto.

¿Qué piden los sindicatos oficiales? Por supuesto más formación para los trabajadores, más medidas de seguridad, comisiones de control, menos subcontratación, mientras la USB pide que se instaure el delito de *homicidio ferroviario*, como se hizo con el de carretera....

En definitiva, en medio de leyes que cualquier democracia -si funcionara como promete sobre el papel- debería haber instituido y aplicado hace décadas. Y es que la democracia burguesa, sobre todo en los países imperialistas, que por ello se dedican a exprimir hasta la última gota el trabajo vivo de los trabajadores para magnificar su propia dominación y su poder competitivo sobre los países imperialistas competidores, siempre está dispuesta a prometer y poner por escrito medidas para proteger la vida humana, pero en realidad, al ser la voz del capital monopolista y del Estado burgués, no tiene otra función que la de engañar al proletariado sobre la posibilidad de doblegar al capital y a los capitalistas al son de protestas pacíficas, manifestaciones no violentas, peticiones, recogida de firmas, referendos y leyes que el parlamento debería promulgar... detener las masacres, para cuidar de los trabajadores, para prevenir accidentes y masacres amenazando con duras penas a los «culpables», a los que el poder judicial está llamado a procesar ...

Nunca ha ocurrido que estos medios de práctica pacifista y colaboracionista hayan aportado ningún beneficio real a los asalariados; si acaso, los han doblegado cada vez más a los intereses burgueses, acostumbrándolos a verse como parte de los intereses «proletarios».

La fuerza que el capital, su Estado y sus autoridades económicas, políticas y sociales adoptan para hacer funcionar el sistema económico según la ley del valor y del beneficio sólo puede ser combatida con igual fuerza. A la fuerza de clase de la burguesía debe oponerse una fuerza de clase proletaria. Y esta fuerza no surge de organizaciones dedicadas a la colaboración de clases, en la práctica vendidas al capital. Esta fuerza surge a través de la lucha de clases, independiente de los intereses económicos y políticos de la burguesía, una lucha que combate en defensa exclusiva de los intereses, y por tanto de la vida, del proletariado, sea cual sea el sector en el que trabaje, la edad o el sexo que tenga y la nacionalidad a la que pertenezca. Los proletarios, para sobrevivir, se ven obligados a trabajar bajo las órdenes de los capitalistas y en las condiciones que éstos y sus portavoces políticos, sindicales, culturales, religiosos, dictan en función de los periodos de expansión o crisis económica. Los proletarios, en la práctica, están a merced del capital y, por tanto, de las relaciones burguesas de producción y propiedad.

Pero la verdadera supervivencia proletaria reside en la supervivencia de la clase proletaria, en la lucha que une a

los proletarios contra el mismo enemigo de clase, que puede presentarse bajo los muy diferentes disfraces que el sistema democrático le permite llevar en nombre de una «libertad» que es fundamentalmente la libertad de explotar, de hundir en la miseria y de matar a los proletarios en el trabajo o en la guerra; proletarios que tienen la única «culpa» de haber nacido proletarios, sin reservas, dueños sólo de su propia fuerza de trabajo pero obligados a venderla por una barra de pan o a mendigar ¡porque nunca hay trabajo para todos!

El verdadero y gran progreso humano reside en vivir en una sociedad en la que ya no exista la opresión, la explotación del hombre sobre el hombre, la miseria que afecta a la mayoría de los seres humanos frente a la riqueza y los privilegios que hacen la vida fácil a una minoría. Una sociedad en la que el trabajo vivo y productivo afecte a todos los seres humanos de la misma manera que el disfrute, la alegría de vivir, el estudio y el conocimiento, gracias a una nueva organización social en la que será necesario trabajar una o dos horas al día para la sociedad, produciendo y distribuyendo sólo los bienes realmente necesarios para la vida social y, por tanto, no inútiles y mucho menos nocivos. Una sociedad que no surgirá milagrosamente gracias a una especie de desarrollo automático y mágico, sino a la que se llegará gracias a una lucha muy dura y prolongada contra todos los obstáculos que se oponen a la verdadera vida social de la humanidad. Una lucha que los proletarios, en realidad, ya iniciaron hace muchos años, desde el siglo XIX, y de la que han dado ciertas pruebas que la historia ha fijado de manera incontrovertible: de 1848 en Europa a 1871 en la Comuna de París, de 1917 en Rusia y el Octubre Rojo a 1927 en China. Que esta lucha, definida por Marx y Engels como la lucha por el comunismo, la lucha por la sociedad de especies, haya fracasado hasta ahora en todo el mundo es explicable en términos materialistas. Para salir de la sociedad dividida en clases que es la sociedad capitalista, para salir del desarrollo desigual en los distintos países del mundo y de la profundización de las desigualdades sociales, se necesita una fuerza social, una fuerza de clase que hasta ahora, históricamente, no se ha expresado plenamente. Pero las mismas contradicciones, los mismos y cada vez mayores contrastes entre el capital y entre los Estados burgueses que defienden su preservación, proyectan inevitablemente los antagonismos de clase entre la burguesía y el proletariado a

niveles cada vez más agudos, cada vez más internacionales.

Serán las condiciones de vida y de trabajo que se han vuelto insostenibles -como les está ocurriendo a las masas de inmigrantes que invaden la civilizada, opulenta y criminal Europa- las que también pondrán objetivamente en movimiento a las masas proletarias de Europa, llamándolas a volver a sus lejanas y gloriosas tradiciones revolucionarias y de clase.

Es en este camino en el que las masas proletarias, en su mayoría sin una conciencia precisa pero con una fuerza potencial inigualable, se moverán, se organizarán, lucharán; es en este camino, en el camino de la emancipación real de una existencia precaria y sufrida, donde las masas proletarias recobrarán el valor de enfrentarse a la clase dominante burguesa como su verdadero enemigo, y volverán a conectar con un puente en el tiempo con los proletarios de 1848, de 1871, de 1917, de 1927, cuando aquellas luchas lejanas cavaron el surco que hay que redescubrir y sacar a la luz.

Para que los millones de víctimas en el trabajo y en los campos de guerra que el capitalismo y las clases burguesas dominantes han seguido acumulando a lo largo de los doscientos años de historia capitalista no hayan muerto en vano, los proletarios de hoy y de mañana deben redescubrir su impulso de clase, su voluntad de no plegarse más a los dictados del capital y de las burguesías que defienden su supervivencia.

La lucha clasista, llevada a cabo con medios y métodos de clase, es decir, sin depender de la burguesía y sus matones políticos y sindicales, es el camino a seguir. **Al trabajo como a la guerra**, lo hemos gritado muchas veces, debe entenderse como un grito de guerra, no como una triste constatación de la realidad capitalista. Hay que luchar contra la tristeza por los muertos y la resignación por no tener hoy la fuerza de reaccionar de forma contundente, tan contundente como la muerte en el trabajo o bajo las bombas en una guerra que sólo beneficia a los capitalistas, ¡para que esos muertos no se queden simplemente en cruces plantadas en la tierra y en los corazones!

(1) Véase La Repubblica, 1.9.2023

(2) Cfr. il fatto quotidiano, 1.9.2023

1 de septiembre de 2023

el proletario

partido comunista internacional (programa comunista)

Lenin en el camino de la revolución



Noviembre 2022

8

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido! ¡Suscríbanse!

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 € £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 € £ 3; 8FS;

América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 € £ 2; 8FS;

América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 € 3CHF; 1,5£;

América del Norte: US \$ 2; América

Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 € £ 1, 3 CHF.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, nº 13, barrio de Pajarillos, Valladolid).

Al trabajo como a la guerra ¡Proletarios!

¿Cuántas muertes más en el trabajo necesitamos para rebelarnos contra un sistema que produce sólo beneficios para los capitalistas y muertes para el proletariado?

Línea ferroviaria Turín-Milán. Estación de Brandizzo. Noche del 30 de agosto. Un tren técnico, evidentemente sin pasajeros, en tránsito por la misma vía en la que trabajan los obreros, choca contra ellos a 160 km/h. Un grupo de obreros, empleados de Sigifer, contratista de mantenimiento de la infraestructura ferroviaria, trabaja en la línea para sustituir siete metros de vía. Cinco trabajadores murieron en el acto, dos resultaron ilesos pero fueron hospitalizados en estado de shock y un empleado ferroviario, encargado de dar el visto bueno a los trabajos de mantenimiento tras recibir la autorización oficial de Rete Ferroviaria Italiana, se salvó porque se encontraba en el andén en ese momento.

Michael Zanera, de 34 años, Kevin Laganà, de 22, Giuseppe Sorvillo, de 43, Giuseppe Saverio Lombardo, de 52, y Giuseppe Aversa, de 49, ya no están: el tren los arrastró durante un kilómetro por las vías antes de detenerse. Los dos conductores del tren técnico, en estado de shock, completamente ignorantes de que había obreros trabajando en las vías, también fueron hospitalizados.

A las 23.49 horas del 30 de agosto pasó el que parecía ser el último tren, tras el cual podrían comenzar los trabajos en las vías; en cambio, inmediatamente después llegó el tren técnico, instrumento de la masacre. No se sabe por qué los obreros fueron enviados a las vías sin haber recibido autorización escrita de RFI; ¡lo que es seguro es que los obreros estaban trabajando en las vías cuando la situación no era segura! Y no se trata de una situación excepcional, ya que las muertes por catástrofes ferroviarias son noticia desde hace décadas.

Una masacre más en el trabajo, una demostración más de que el trabajo en esta sociedad es un campo de guerra continuo en el que mueren regularmente los soldados del ejército del trabajo asalariado.

Sólo en los últimos 20 años han muerto 91 personas y más de 230 han resultado heridas. Crevalcore, 7 de enero de 2005, colisión de dos trenes a pocos metros de la estación de Bolognina, en

Crevalcore (17 muertos, 15 heridos); Viareggio, 29 de junio de 2009, descarrilamiento de un tren que transportaba GLP debido a la rotura de un eje, que cayó sobre las casas cercanas a las vías y provocó un incendio devastador (32 muertos, algunos heridos); Laces-Castello, en Val Venosta, 12 de abril de 2010, un corrimiento de tierras cayó sobre la vía férrea cerca de un desfiladero (9 muertos, 28 heridos); Andria-Corato, 12 de julio de 2016, colisión de dos trenes de Ferrotramviaria entre las estaciones de Andria y Corato (23 muertos, 50 heridos); 25 de enero de 2018, en Pioletto, a las afueras de Milán, descarrilamiento de un tren regional (3 muertos, un centenar de heridos); Ospitaletto, cerca de Lodi, 6 de febrero de 2020, debido a un cambio de agujas mal reparado, el Frecciarossa descarrila y se estrella contra un edificio (2 muertos, los maquinistas, y 31 heridos). Y, desgraciadamente, habrá más masacres en las vías, ya que RFI ha abierto, sólo en 2023, hasta 1.800 obras para el mantenimiento de vías y otras infraestructuras: todas realizadas por contratistas externos que, a su vez, subcontratan a otras empresas. Este sistema ahorra mucho dinero a la empresa que contrata las obras y a los contratistas que, a su vez, subcontratan. Cuanto más se descende en la escala de contratación, más inseguro se vuelve el trabajo. Pensemos, además, que casi todas las empresas externas que consiguen contratos en las vías férreas contratan a trabajadores que normalmente trabajan en el sector de la construcción; por tanto, pasamos de obras de renovación de fachadas a obras en las vías férreas, que además corren un riesgo muy alto por la presencia de líneas eléctricas, sin la formación necesaria (1).

Como después de cada desastre que causa muertos y heridos, las autoridades encargadas investigarán, buscarán culpables, aplicarán multas y sentencias, mientras alcaldes, parlamentarios, presidentes de concejo y presidentes de la república entonan el acostumbrado canto de dolor, de condolencia a las familias de las víctimas y a la comunidad afectada, exigiendo que las investigaciones encuentren las causas de es-

tas tragedias y difiriendo a la buena voluntad de la humanidad y de Dios para que tales tragedias no vuelvan a ocurrir.

Pero las muertes relacionadas con el trabajo no se detienen.

En una sociedad que dedica todas sus energías vivas al capital, a su «salud» a costa de una matanza continua de trabajo vivo, la «buena voluntad» de los hombres no soluciona, porque la «falta de atención a los trabajadores», como dice el Papa Francisco, es en realidad parte integrante del modo de producción capitalista que es el verdadero culpable de todas las tragedias de esta sociedad.

«*Los trabajadores son sagrados*», dijo el Papa; «*morir en el trabajo es un ultraje a los valores de la convivencia*», dijo Mattarella tras depositar un ramo de flores en la estación de Brandizzo. Pero, ¿de qué «convivencia» está hablando, una convivencia con la muerte llamando a la puerta de los trabajadores sin previo aviso? Es una representación, sin duda 'autorizada', del desconcierto y la angustia que ha golpeado a todos: pero es sólo una representación que intenta calmar el fortísimo dolor que emerge de los corazones proletarios ante cada tragedia, en el trágico espectáculo de horror de una masacre de trabajadores que no termina nunca y que se suma a las masacres de guerra cuyas causas hay que buscar precisamente en el modo de producción capitalista y en la dominación burguesa de la sociedad. Una representación que no araña ni un milímetro de la coraza de acero que la clase dominante burguesa lleva en defensa de la sociedad del capital. Mientras se escenifica el teatro de la «proximidad» a las familias de los obreros muertos ofreciendo a la prensa y a la TV material para difundir los minutos de duelo que las autoridades se han concedido, las mismas autoridades tamizan y decretan una lluvia de medidas lacrimógenas que golpearán cínicamente a todos los trabajadores y especialmente a los más precarios, los más débiles, los del llamado «trabajo pobre» del que Giuseppe Sorvillo, uno de los trabajadores fallecidos en Brandizzo, había salido hace unos meses para ir a trabajar a Sigifer y luego

(*sigue en pág. 18*)